

23 Feb.º 77  
1889

**EL TEATRO.**

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

VANITAS

VANITATUM,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

699

**MADRID.**

ALONSO GULLON, EDITOR.

PIZ, -40, -2.º

1877.

L47 - 6905

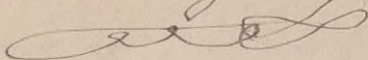
AUMENTO A LA ADICIÓN DE 1.º DE MAYO DE 1876.

TÍTULOS.	Autores.	AUTORES.	Prop. que corresponde
<b>COMEDIAS Y DRAMAS.</b>			
A Filadelfia.....	1	D. J. Estrañi.....	Todo.
Dos hijos.....	1	J. Ferez Bremon...	»
El ahorro.....	1	Cárlos Frontaura. . .	»
El Conde Patricio.....	1	F. Sanchez Castilla..	»
El doctor Escamilla.....	1	J. Moreno Liaño....	»
El gladiador de Rávena.....	1	J. Echegaray.....	»
El matador de Vallecas.....	1	Manuel F. Vallejo...	»
En la misma moneda.....	1	José Jackson Veyan..	»
La Castanyada.....	1	E. Vidal.....	»
Lo diable son las doras.....	1	E. Vidal.....	»
Ni se empieza ni se acaba.....	1	S. M. Graués.....	»
Nubes de verauo.....	1	Cárlos Trigo.....	»
Un quadro ó la barca de San Pere.....	1	E. Vidal.....	»
Por un telégrama.....	1	José Jackson Veyan..	»
Un zapatero de viejo.....	1	Eugenio Rubí.....	»
La pau-de casa.....	2	E. Vidal.....	»
La nodriza.....	2	Enrique Gaspar.....	»
Nadie es profeta en su tierra.....	2	J. Moreno Liaño....	»
Por recoger una herencia.....	2	Gaspar Thous y Orts..	»
Como empieza y como acaba.....	3	J. Echegaray.....	»
El número tres.....	3	Miguel Echegaray...	»
L'art de la bruixeria.....	3	E. Vidal.....	»
Ó locura ó santidad.....	3	J. Echegaray.....	»
Pepe Carranza.....	3	Cárlos Frontaura....	»
El fruto vedado.....	3	F. Sanchoz de Castro..	»
Luchas de amor.....	3	M. Catalina.....	»
Madamas y Lechuguinos.....	3	R. Puente y Crañas..	»
Valiente noche de Reyes.....	3	M. Flores.....	»
Vanitas vanitatum.....	3	M. Echegaray.....	»

55-6<sup>m</sup>

247-6905

**VANITAS VANITATUM.**

Toie Rodrigues  




# VANITAS VANITATUM,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**MIGUEL ECHEGARAY.**

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA la noche del 24 de Enero  
de 1877.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18,  
1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

LEONOR.....	SRAS. FERNANDEZ.
PILAR.....	ÁLVAREZ DE HERNANDO.
RAFAELA.....	MORERA.
LUIS.....	SRES. MARIO.
SAN MARTIN.....	AGUIRRE.
MANUEL.....	ZAMACOIS.
DON ANTONIO.....	BALLESTEROS.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Reg. 137 lib. 28*

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

La escena representa sala bien amueblada: puertas laterales y en el fondo; balcon á la izquierda; velador con periódicos y libros; cortinas, etc.

### ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO, con un libro en la mano.

¡Qué saber, qué inteligencia,  
qué estilo tan admirable!

¡Con qué libro tan notable  
he enriquecido la ciencia!

Lleno de sana doctrina,  
estudia, juzga y condena  
al tabaco que envenena  
con su infame nicotina.

(Abre el libro y lee declamando.)

«Tabaco! Maldito nombre  
»contra el que predico en vano.

»Polvo vil americano,

»tú acabarás con el hombre.

»Con tu veneno, que empaña

»y nubla la inteligencia,

»has sembrado esta indolencia

»que va á acabar con España.

»Del uno al otro confin  
»de la tierra en tu paseo,  
»has derramado el mareo,  
»y la tisis y el spleen.  
»Tú eres la melancolía,  
»y la pipa y la cerveza  
»han llenado de tristeza  
»á la Alemania sombría.  
»Y de cien crímenes reo,  
»trafica y medra villano  
»del bolsillo americano  
»con el pulmon europeo.»

(Cierra el libro y le deja en la mesa.)

Qué libro! Voy á asombrar  
al mundo con mi saber.

El que lo llegue á leer

no vuelve nunca á fumar. (Saca un cigarro.)

Máquinas de cien imprentas  
por mí probarán sus bríos,  
y en cuanto vengan los míos  
seré director de rentas.

Muchos creerán que es locura  
cuanto aseguro. En verdad,  
decir á la humanidad

que no chupe, es cosa dura.  
Pondrán en el cielo el grito,  
mas venceré, por supuesto.

Si no fuese tan modesto...

¡Qué defecto tan maldito!

La ignorancia y la malicia  
en las alturas están,

y yo... Los míos vendrán  
muy pronto y me harán justicia.

¡No te desvanezcas presto,  
oh esperanza dulce y santa,  
como el humo de la planta  
del libro que yo he compuesto!



ESCENA II.

D. ANTONIO, PILAR.

Entra por la derecha y se pasea agitada.

- PILAR. ¡No viene, no!
- ANT. Pilar, hija,  
¿cómo estás?
- PILAR. Desesperada!  
Á mí sola me suceden  
estas cosas.
- ANT. ¿Qué te pasa?
- PILAR. Vaya un día de mi santo  
que estoy pasando! Qué infamia,  
qué manera de mentir,  
qué informalidad, qué calma!
- ANT. ¿Pero quién es el culpable?
- PILAR. Fie usted en sus palabras,  
en sus promesas. No viene!
- ANT. (Adios! Está enamorada!  
Ese Luis de mis pecados...  
Y yo que tranquilo estaba!)  
Vamos, no te desazones.
- PILAR. ¿Pero no ves cómo tarda?
- ANT. Ya vendrá.
- PILAR. Si no hay aguante!  
Voy ahora mismo á su casa.
- ANT. Niña!
- PILAR. No puedo esperar.  
Iré con una criada.
- ANT. Pero ¿estás demente?
- PILAR. Estoy  
loca! ¿No ves qué desgracia?
- ANT. Cómo desgracia?
- PILAR. ¿Qué golpe?
- ANT. ¿Cómo golpe?
- PILAR. Si me engaña!  
¿Qué van á pensar las gentes  
si hoy me ven sin él?
- ANT. Muchacha!

- (Pilar corre al balcón.)
- PILAR. ¿Es aquella?
- ANT. ¿Cómo aquella?
- PILAR. La modista, madame Clara.
- ANT. La modista? Ya comprendo.
- PILAR. No es aquella! Qué tardanza!
- ANT. Bah, bah; ¿esperas un vestido?
- PILAR. (Vuelve al proscenio.)  
No un vestido, treinta varas  
de raso y de terciopelo,  
y de encaje, con cascadas,  
y bullones, y rizados,  
y barrancos y montañas.  
Un capricho, una creacion,  
una magnífica falda  
que he de estrenar la primera,  
si no he de morir de rabia.
- ANT. ¿Conque una falda? Qué asombro!  
El bolsillo se me pasma!  
¿Será cortita?
- PILAR. No es corta.
- ANT. ¿Es larga?
- PILAR. Qué ha de ser larga?
- ANT. ¿De verano?
- PILAR. Es terciopelo.
- ANT. Ya, de invierno.
- PILAR. Si es de gasa.
- ANT. ¿De qué color?
- PILAR. No le tiene
- ANT. No le tiene!
- PILAR. Qué ignorancia!
- ANT. Pues no entiendo...
- PILAR. Es un compuesto  
de luces, de sombras y aguas.
- ANT. ¿Estás en tí?
- PILAR. Un poco de aire  
que ni se ve ni se palpa.  
Un traje á lo Luis catorce.
- ANT. Qué! Luis catorce con faldas.
- PILAR. No viene! Este es un complot.
- ANT. Vamos, siéntate, ten calma.
- PILAR. Si Leonor la del segundo

- lo estrena; si se adelanta  
no podré sobrevivir  
á tan horrible desgracia.  
¿Qué dirán de mí las gentes?  
Quedo vencida, humillada.  
Yo voy á su casa.
- ANT. Niña!
- (Pilar corre al balcón.)
- PILAR. No, no parece. ¿Qué raza  
de víboras las modistas!  
Qué suerte tan desgraciada! (Gritando )  
¿No viene mi Luis catorce!
- ANT. (Cerrando el balcón.)  
Pilar, Pilarcita, calla.  
Si te oye la vecindad...  
¿Quieres estarte sentada?
- PILAR. No puedo: no me atormentes.
- ANT. Vamos, no son todas malas  
noticias.
- PILAR. Pues qué sucede?
- ANT. Muy pronto. Quizás mañana  
subimos. Seré de fijo  
director, y sin tardanza  
haré que me den un título  
de marqués.
- PILAR. Quién lo pensára!  
¿Pero tú marqués de qué?  
Como no tenemos nada...
- ANT. Se inventa un nombre sonoro.  
Seré marqués de la fama.
- PILAR. Y los marqueses de veras  
se reirán.
- ANT. Tendremos calma.  
Diremos que es heredado  
de un pariente de la Habana.
- PILAR. (Loca de alegría.)  
¿Yo marquesa, yo marquesa!  
Habrá que poner las armas  
en la puerta.
- ANT. Claro está.
- PILAR. Y en el balcón.
- ANT. Sí.

- PILAR. Y bordarlas  
en los manteles.
- ANT. Pues no.
- PILAR. Y en los cubiertos grabadas  
se han de ver.
- ANT. Es natural.
- PILAR. Y en tus pañuelos.
- ANT. (Ya escampa!)
- PILAR. Y en el papel de escribir.
- ANT. Así se hará.
- PILAR. Y en tu cama.
- ANT. Hija, hasta en las zapatillas  
me vas tú á poner las armas!
- PILAR. Marquesa la servidumbre  
me ha de llamar. No faltaba  
más.
- ANT. ¿La servidumbre?
- PILAR. Toda.
- ANT. (Es decir, Rafaela y Juana.)
- PILAR. (Con mucho orgullo.)  
Ah! qué título mi título  
y qué casa nuestra casa!
- ANT. Y qué gran libro mi libro!
- PILAR. Y qué gran falda mi falda! (Sale D. Antonio.)

### ESCENA III.

DICHOS, RAFAELA.

Entra Rafaela por el fondo con un ramo de rosas.

- RAF. Señorita...
- PILAR. ¿No ha venido?
- RAF. Este ramo..
- PILAR. (Sin mirarla.) Qué cachaza!
- RAF. Para usted.
- PILAR. Que vaya pronto,  
inmediatamente Juana.
- RAF. Como es su santo...
- PILAR. El portero  
que la busque y que la traiga  
muerta ó viva.

- RAF. (Presentándosele.) De don Luis.  
Es don Luis el que le manda.
- PILAR. ¿Pero no me oyes, mujer?
- RAF. Este ramo la regala  
don Luis.
- PILAR. Bien, bien. Qué fastidio!
- RAF. Son rosas.
- PILAR. (Examinándole.) Si fueran dalias...
- RAF. ¿Qué hago de él?
- PILAR. (Con indiferencia.) Déjalo ahí.
- RAF. Se van á secar y es lástima.
- PILAR. Qué importa. Mandarme rosas!
- RAF. Qué frescas!
- PILAR. Si fueran dalias.  
Me van á sentar muy mal  
con el traje. Qué mañana  
tan triste! Qué contratiempo,  
qué rato! Si tengo ganas  
de llorar! Ya estoy nerviosa.  
¿De fijo me pongo mala! (Sale por la derecha.)

#### ESCENA IV.

RAFAELA, despues LUIS.

- RAF. Pobres rosas!... Qué bonitas!  
Voy á ponerlas en agua.  
(Pone el ramo en el balcon.)  
Son de Luis y ella las tira  
y yo las guardo y él... Lllaman?  
(Entra Luis por el fondo.)
- LUIS. Rafaela!
- RAF. (Con interés.) (Luis!)
- LUIS. ¿Qué te ha dicho?  
¿Dónde está? Ya levantada?  
¿Me espera? La gustó el ramo?  
¿Qué te ha contestado? Habla.  
Ah! perdone usted, Rafaela.  
La hablo con una confianza...
- RAF. ¿Á qué tratarme de usted?  
Yo soy sólo una criada.
- LUIS. Hoy, pero ayer...

- RAF. ¿Quién se acuerda  
del ayer?
- LUIS. (Mirándola.) ¡Pobre muchacha!
- RAF. Ya he visto á la señorita.
- LUIS. ¿Te habló de mí?
- RAF. Qué irritada  
está!
- LUIS. ¿Pues en qué he faltado?
- RAF. Pasó toda la mañana  
al balcon.
- LUIS. Dios nos asista!
- RAF. Furiosa por la tardanza.
- LUIS. Hija mia, los negocios...
- RAF. ¡Qué humor, qué génio y qué cara!  
¿Á qué prometer?
- LUIS. Si yo  
nada he prometido, nada.
- RAF. La señora del segundo  
la va á derrotar. Qué infamia!
- LUIS. Celos? Por la del segundo!  
Pero si me es antipática.
- RAF. ¡Pobre del que fia en gentes  
que se han educado en Francia!  
En Francia yo?
- LUIS. ¿Qué manera  
de mentir!
- RAF. ¿Cómo?
- LUIS. Qué raza  
de víboras las modistas!  
Si hoy no la traen la falda  
¿qué van á pensar las gentés?
- LUIS. Cómo! Qué me dices? Calla!  
Por un vestido...
- RAF. ¿Un vestido?  
No señor, una cascada  
de raso y de terciopelo!
- LUIS. ¡Y olvida la muy ingrata  
por treinta varas de raso  
y diez ó veinte de gasa  
cien latidos de mi pecho,  
mil suspiros de mi alma!  
Es el orgullo el defecto

- de esa pícara muchacha.  
¿Y por qué? Si es su familia  
humilde, oscura, olvidada,  
si su padre nada ha sido,  
ni es hoy, ni será mañana,  
ni nadie se ocupa en leer  
sus escritos sin sustancia?
- RAF. Pues jura ser director.  
LUIS. Director? Como yo Papa.  
Señor; cuántas pretensiones  
sin tener en qué fundarlas!
- RAF. No se aflija usted, don Luis.  
LUIS. ¿Cómo don Luis? No me hablabas  
así en otro tiempo.
- RAF. Ah! no.  
LUIS. Deja el don. ¿Por qué me tratas  
con tan profundo respeto?
- RAF. Si don Luis lo quiere...  
LUIS. Vaya,  
pues no.  
RAF. (Sonriendo.) Si se empeña Luis...  
LUIS. Así... bien... (Pobre muchacha!)  
Pero ¡qué veo! Mi ramo!  
(Acercándose al balcón.)  
Qué tal? Si le ha puesto en agua.  
No me olvida. Pobrecilla!  
Y yo infame la acusaba.  
RAF. Pues el ramo la enfadó.  
LUIS. Usted cometió una falta.  
RAF. ¿Yo una falta?  
Mandar rosas!  
Sólo sientan bien las dalias  
con el traje nuevo.
- LUIS. Ya  
voy en seguida á buscarlas.  
(Tiene razon. Soy un zote.)
- RAF. Le van á costar muy caras.  
LUIS. Ya es tarde. Aquí viene.  
RAF. Sí.
- RAF. Procure usted consolarla.  
LUIS. La consolará mi amor.  
RAF. Ah! si su amor se cortara,

se cosiese y se rizase  
y se midiera por varas,  
la consolaba de fijo,  
vaya si la consolaba.

LUIS. Luis, adios.  
RAF. (Mirándola.) Adios, Rafaela.  
LUIS. (Está demente!)  
(Está guapa.)

### ESCENA V.

LUIS, PILAR, por la derecha.

LUIS. (Corriendo á ella.)  
¡Pilar, querida Pilar!

PILAR. Esa mujer va á perderme!

LUIS. Qué, no te alegras al verme?

PILAR. Vaya, no me he de alegrar.

LUIS. Hija, me miras de un modo  
que me pones en cuidado.

PILAR. ¿No sabes, no te han contado  
mis desgracias?

LUIS. (Con tono solemne.) Lo sé todo.  
Sé que un miserable extraño  
te ha burlado y te ha mentido;  
sé que el corazon te ha herido  
la aguja del desengaño;  
sé que tu pecho intranquilo  
esperando no reposa;  
sé que tu vida preciosa  
está pendiente de un hilo.

PILAR. (Irritada.) Eso es: búrlate de mí.  
De desesperarme acaba.  
Esto sólo me faltaba.  
Despues que me ves así.

LUIS. Perdona si te he ofendido.

PILAR. Vienes á agravar mi mal.

LUIS. Me duele ver un rival  
en un misero vestido!

PILAR. Misero! Linda expresion!  
¿Un vestido?... Quién te ha dicho!...  
¡Es una gasa, un capricho,



- una nube, una ilusion!  
Ah! madame Clara... Vencida  
jamás ha sido. ¡Es el Cid  
cortando! No hay en Madrid  
tijera más distinguida!  
LUIS. Oyéndote me confundo.  
PILAR. Nací muy desventurada!  
Pero tú que entiendes... (Con desden.)  
LUIS. Nada.  
PILAR. Bien dice la del segundo.  
LUIS. Hola! ¿Se ocupa de mí?  
¿Y qué dice en conclusion?  
PILAR. Que no tienes distincion  
y no me comprendes.  
LUIS. (Disgustado.) Sí?  
PILAR. Que no te vestes en Francia,  
ni sabes hablar francés,  
ni comprendes lo que es  
moda, ni chic, ni elegancia.  
Que no tienes gusto.  
LUIS. No?  
El quererte habla en mi abono.  
PILAR. Flores?... Calla! Es de mal tono  
eso, de moda pasó.  
No me digas tales cosas,  
que vas á amargar mi vida!  
LUIS. (Qué cosa tan divertida  
son estas niñas nerviosas!)  
Cuanto hablo te maravilla;  
mas ¿qué he de hacer, si te adoro  
con traje de lana ó de oro,  
en principal ó en bohardilla?  
PILAR. Yo en bohardilla! (Ofendida.)  
LUIS. Sí señor.  
Nada empaña tu belleza.  
Con pañuelo á la cabeza.  
PILAR. Yo con pañuelo! Qué horror!  
Jesús! Si te oyese ahora...  
Ella que es mujer de mundo.  
Bien dice la del segundo.  
LUIS. Dále con esa señora!  
Me trata sin compasion.

- ¿Y qué dice? Acabarás!  
PILAR. Que nunca me llevarás en coche.
- LUIS. Tiene razon.  
¿Qué hacer? Iremos á pie!
- PILAR. Qué cosa tan divertida!  
¡Ir á pie toda la vida!
- LUIS. Es muy sano.
- PILAR. (Escandalizada.) Cállate.  
¡Yo ir á pie! Marchar detrás de gente de baja esfera!  
¡Yo pasar la vida entera al nivel de los demás!  
¡Ver mi vestido manchado de polvo, de cieno y lodo!  
¡Sentir que me clava el codo y me pisa el cuarto estado!  
Oh, jamás! Lo he decidido al mirar mi pie ligero, la pluma de mi sombrero y el raso de mi vestido!
- LUIS. (Irritado.) ¡Que esos pensamientos llenen tu cabeza día y noche!
- PILAR. ¿Quién en Madrid no va en coche?
- LUIS. Todos los que no le tienen.
- PILAR. Pues yo he de tenerle. En fin, lo quiero.
- LUIS. ¡Ese es tu ultimatum!
- PILAR. Oh! *vanitas vanitatum!*  
Eso es: habla ahora en latin!  
Luis, yo no sé lo que un día unió nuestros corazones. No tienes aspiraciones ni ambicion. Quién lo diría!  
Mal, muy mal te vas á ver.  
¿Cuando va en coche Leonor, he de ir yo á pie?
- LUIS. (Fingiendo conformidad.) No señor.
- PILAR. No es posible.
- LUIS. Qué ha de ser!
- PILAR. Sería martirio horrible.  
Si sale á veranear,

- ¿cómo me voy á quedar  
en Madrid?
- LUIS. Es imposible.
- PILAR. Mi orgullo no lo consiente.  
Si ella estrena un traje... Tres
- LUIS. debes hacerte.
- PILAR. Eso es.
- LUIS. Más ricos.
- PILAR. Perfectamente.
- LUIS. (Cogiendo el sombrero.)  
Hasta la vista.
- PILAR. Qué miro!
- LUIS. ¿Te marchas?
- PILAR. Sí.
- LUIS. ¿Volverás?
- PILAR. En seguida.
- LUIS. ¿Dónde vas?
- LUIS. (Furioso.)  
¡Arriba á pegarla un tiro!
- PILAR. Ven aquí. Vas á comer  
en casa. Es mi santo hoy.
- LUIS. ¿Viene Leonor?
- PILAR. Sí.
- LUIS. (Alejándose.) Me voy.
- PILAR. Escucha.
- LUIS. No puede ser.  
Si no cabemos aquí  
juntos.
- PILAR. Ven, deja el sombrero.  
Despues que tanto te quiero...
- LUIS. Me has puesto fuera de mí!
- PILAR. No la quiero ver, Pilar.
- PILAR. Ah, bien dice la señora  
del segundo. (Llorando con coquetería.)
- LUIS. Pues no llora!
- PILAR. Que vas á hacerme llorar.
- LUIS. Cállate, me quedo, bueno.  
Ya me tienes resignado.  
(Como se siente á mi lado,  
no hay remedio, la enveneno!)

ESCENA VI.

DICHOS, LEONOR.

Entra Leonor por el fondo lujosamente vestida.

- LEONOR. (Con afectada amabilidad.)  
Muy buenos dias, Pilar.
- LUIS. (Ya está aquí; yo me retiro.)
- PILAR. (Retrocediendo descompuesta.)  
(Cielos! Qué veo, qué miro!  
Bien hacía en sospechar!  
¡El vestido! Lo estrenó!)
- LEONOR. Adios, Pilar.
- PILAR. (¡Y en mis dias!)  
¡Luis catorce! (Con desesperación.)
- LUIS. (Acercándose.) ¿Qué querías?  
Luis Sanchez me llamo yo.
- PILAR. ¡Luis catorce, me han vendido!
- LUIS. ¡Luis catorce? (Estupefacto.)
- LEONOR. (Aproximándose.) ¿Cómo estás?
- LUIS. (Bajo á Pilar.)  
(¿Qué te pasa? Acabará!
- PILAR. (Bajo á Luis, con desconsuelo.)  
¡No ves! Estrena el vestido!  
Esta es una vil traicion!
- LUIS. ¿Quieres callarte? (Bajo.)
- PILAR. (Id.) ¡No quiero!  
Yo estoy mala, yo me muero.  
Me va á dar la convulsion!
- LUIS. (No la ha dado poco fuerte!)
- LEONOR. Verte, Pilar, deseaba,  
y como vestida estaba  
en casa, he bajado á verte.
- PILAR. (Como en su casa!)
- LUIS. (Qué arpía!)
- LEONOR. (Qué es esto? No me contesta!  
Ah! *mon Dieu!* Qué niña esta.  
Qué educacion. Quién diría?...)  
Pilar, contesta por Dios,  
quiero besarte, es muy justo.

- Qué hermosa estás!  
(Se besan con mucho calor.)
- LUIS. (Con qué gusto se morderían las dos.)
- LEONOR. ¿Y usted, Luis?... Bien... Trabajando mucho en su noble carrera.
- LUIS. No tanto como quisiera.  
(¡Se ríe! Se está burlando!)
- LEONOR. Lo mucho que vale sé.
- LUIS. (Ya estoy verde y amarillo.)
- LEONOR. (Con tono de protección.) Si tengo algun asuntillo á usted se lo confiaré.
- LUIS. Gracias.
- LEONOR. No pleiteo ahora.  
Es necesario ayudar al que empieza á trabajar.
- LUIS. Gracias, mil gracias, señora.
- LEONOR. Usted tiene porvenir.
- LUIS. (Bajo á Pilar.) (Adios, volveré á comer.)
- PILAR. ¿Dónde vas?
- LUIS. (Bajo.) Si á esta mujer no la puedo resistir.
- PILAR. Espera.)
- LEONOR. (¿Se marcha?)
- LUIS. Adios.  
(Sale por el fondo precipitadamente.)
- LEONOR. (¡Qué modo de producirse! Marcharse sin despedirse de ninguna de las dos. Con su traje se concilia muy mal este proceder. Ah! *mon Dieu!* no debe ser, no es, no, de buena familia.)

## ESCENA VII.

PILAR, LEONOR.

- LEONOR. ¿Habeis reñido, Pilar?
- PILAR. No tal.
- LEONOR. ¿Qué te pasa?

PILAR. Nada.

LEONOR. Es claro; estás empeñada  
en no quererme escuchar.  
Ese hombre, por qué entra aquí?  
Insisto, aunque te alborotes,  
no tiene prendas ni dotes  
que le hagan digno de tí.  
Si cae esta situacion,  
tu papá por su saber  
de seguro ha de tener  
influencia y posicion,  
y tú debes aspirar  
á algo más que un leguleyo  
pobre, modesto, plebeyo,  
sin distincion y vulgar.

PILAR. Un abogado...

LEONOR. (Con mucha afectacion.) Sin duda,  
que es fuerza ser indulgente  
con quien salva al inocente,  
con quien defiende á la viuda.  
Es mision providencial  
que ni humillo ni rebajo,  
mas vivir de su trabajo...  
eso es internacional.  
Soy quien soy, oirlo sueles,  
me llamo como me llamo;  
de los Guzmanes proclamo  
en mi escudos y cuarteles.  
Él trabaja y que le alabes  
no lo puedo resistir.  
Mi divisa: «ántes morir  
que trabajar:» ya lo sabes.  
Hoy que me toca el abono  
connigo al palco vendrás  
y allí conocer podrás  
á jóvenes de buen tono.  
Allí olvidarás á Luis.  
Mi círculo ilustre es.  
No se habla más que en francés,  
*mon Dieu*, francés de París.  
Allí á San Martin verás.  
Ya de su quinta ha venido,

- Veros hoy ha prometido.  
Ese te conviene más.  
Voy á compras, hija mia.
- PILAR. Vuelve, que á comer te espero.  
LEONOR. Vendré. Gastando dinero  
se me pasa todo el dia.  
Voy á comprar un encaje.
- PILAR. Por aquí. (Por la izquierda.)  
LEONOR. Vuelvo al contado.  
Sólo por verte he bajado.
- PILAR. (Sí, por enseñarme el traje.) (Salen.)

### ESCENA VIII.

SAN MARTIN, MANUEL.

Entran por el fondo: San Martin delante, detrás Manuel,  
muy cabizbajo.

- MANUEL. Ah!
- MARTIN. Vuelta con tus suspiros!  
¿No puedes callarte?
- MANUEL. Ah!
- MARTIN. Cobarde!
- MANUEL. Maldita suerte!  
Cómo no he de suspirar?  
Cuando hace un año venía  
á esta casa, era un bajá,  
un millonario, y ahora...  
ahora...
- MARTIN. Vuelves á empezar!
- MANUEL. ¿Qué se hicieron nuestras tierras?  
¿Tus caballos, dónde están?  
¿Dónde mis perros de caza,  
mis coches?
- MARTIN. Acabarás?
- MANUEL. Tierras, coches y caballos  
se lo repartieron ya  
entre los hijos de Albion  
y las nietos de Abraham.  
Nos han dejado por puertas  
y á un balcon voy á apelar.

- ¡Qué bien viví envilecido!  
Oh! dinero, oh! vil metal!
- MARTIN. Calla, calla! Si te oyesen...  
¡Tu pobreza pregonar!  
Empeñarte en que eres pobre.
- MANUEL. Yo no me empeño, no tal,  
más la suerte...
- MARTIN. Qué locura!  
¿Y luégo querrás pasar  
por caballero?
- MANUEL. Pero hombre,  
si es que lo soy.
- MARTIN. Lo serás  
si callas.
- MANUEL. Y si no callo,  
un caballero sin par  
que se ha quedado de á pie  
y que cuenta donde va  
su desgracia.
- MARTIN. Eso es indigno.
- MANUEL. Pero hombre, la indignidad  
es engañar á las gentes,  
pedir siempre y nunca dar.
- MARTIN. (Con mucho orgullo.)  
¡Soy un San Martin!
- MANUEL. (Imitándole.) ¡Y yo!  
Nadie nos lo negará.  
Ya nos ha llegado el nuestro.  
Mas sin *son* qué importa el *san*?
- MARTIN. Un San Martin siempre es rico.
- MANUEL. Si lo pudieses probar...
- MARTIN. ¿Qué harías de tu apellido  
sin mí?
- MANUEL. No lo sé en verdad.
- MARTIN. ¿Qué harías?
- MANUEL. Si se guisára  
ó se pudiera empeñar...  
Hasta ayer tuve reló,  
una joya sin igual;  
pero como era de escape  
se escapó dos horas há,  
y hasta la casa de préstamos



de la esquina el muy truhan  
no ha parado, que fué siempre  
de maravilloso andar.

MARTIN. Es mucha tu cobardía.

MANUEL. Y mayor tu ceguedad.

¿No fuera mejor decir  
lo que nos sucede, hablar  
á los amigos, su apoyo  
pedir? Nos dieran quizás  
un destinillo.

MARTIN. (Escandalizado.) Un destino!

MANUEL. Yo me encuentro muy capaz  
de ser escribiente.

MARTIN. Un noble!

Si nos quieres deshonrar!

MANUEL. Hombre, si nuestra nobleza

no es tan antigua ni tan...

Si nosotros somos nobles  
de cuarta clase á lo más;  
pero en el pícaro mundo  
siempre, es regla general,  
quien ménos motivos tiene  
es quien más hinchado está.  
Pues yo sería un soberbio  
cochero.

MARTIN. Qué atrocidad!

MANUEL. Y un buen ayo. Sacaría  
los chicos á pasear,  
y jugaría con ellos  
al corro.

MARTIN. No callarás!

MANUEL. Y al marro. Si es que yo tengo  
mucha flexibilidad.

MARTIN. Basta de bromas.

MANUEL. Sí, bromas.

MARTIN. Olvidas mi autoridad  
de hermano mayor. Exijo  
que te calles.

MANUEL. Bien está.

Me callaré, si señor,  
y te ayudaré á engañar  
á las gentes, y á mentir

á la pobre sociedad;  
pero el dia en que se acabe  
lo poco que queda ya,  
como yo no como orgullo  
ni meriendo vanidad,  
ni me harta la presuncion,  
y el hambre, que en mí es voraz,  
es muy prosáica y muy cursi  
y no tiene dignidad,  
á las cuatro de la tarde,  
sin careta ni disfraz,  
salgo á la calle, detengo  
al primero que á pasar  
acierte, y grito: «Señor,  
escúcheme por piedad;  
mi hermano es un millonario  
que no tiene para pan;  
yo soy todo un caballero  
y tengo tierras, y el mar  
es mio. pero le cedo  
con toda solemnidad  
tierras, caballos y escudos  
por dos céntimos de real;  
caballero, una limosna  
por la córte celestial,  
que se la pide este príncipe  
con mucha necesidad!

MARTIN. ¡Insensato, loco, ciego!

¡Todos te despreciarán!

MANUEL. Si al ménos tú te casases...

Pilar no debe estar mal,  
y por ser de nuestra alcurnia  
quizás... ¡Qué dices!

MARTIN. (Pensativo.) Quizás.

MANUEL. Vamos, ya empiezo á ver algo  
tras de tanta oscuridad.

MARTIN. Tú te callas.

MANUEL. Callaré.

MARTIN. Y me ayudas.

MANUEL. Bien está.

MARTIN. Y no te quejas.

MANUEL. Corriente.

- MARTIN. Te prohibo suspirar.  
MANUEL. Si es que suspiro de hastío.  
Las riquezas siempre dan spleen.  
MARTIN. Entónces suspira.  
MANUEL. Muchísimas gracias. Ah!

## ESCENA IX.

DICHOS, PILAR, D. ANTONIO.

- PILAR. (Con mucha expresion.)  
San Martin? Tome usted asiento.  
MARTIN. Encantadora Pilar...  
ANT. Les hemos hecho esperar.  
MARTIN. Sólo he esperado un momento.  
PILAR. (Con exagerada finura.)  
Y usted, Manuel, ¿qué me cuenta?  
Está usted muy bueno.  
MANUEL. Sí.  
PILAR. (Á San Martin.)  
Vamos, siéntese usted aquí.  
ANT. (Á Manuel.) ¿Y usted, por qué no se sienta?  
(Se sientan, ocupando el centro Pilar y San Martin.)  
PILAR. No han venido desde Enero.  
¿Por qué retirados viven?  
MANUEL. (Qué bien las gentes reciben á los hombres de dinero!)  
PILAR. En su châlet los creíamos.  
ANT. De verlos desesperábamos.  
MARTIN. De allí venimos. (Con petulancia.)  
MANUEL. (Veníamos!)  
MARTIN. Allí cazamos. (Irguiéndose.)  
MANUEL. (Cazábamos!)  
PILAR. En no verme á no dudar están empeñados.  
MANUEL. (Apresuradamente.) Oh!  
Empeñados, eso no.  
(Bajo á San Martin.)  
(Esto se debe negar.)

- PILAR. (Á Manuel.) Al campo; qué aficionado!
- MANUEL. Oh! mucho! (Si así seguimos  
el mejor dia dormimos  
en pleno salon del Prado.)
- PILAR. Su posesion tiene fama.  
Muchas veces he oido hablar  
con encomio.
- MARTIN. Es regular  
nada más.
- PILAR. ¿Cómo se llama?  
Bellavista?
- MARTIN. Sí señora.  
Es un clima fresco y sano.  
Hemos hecho este verano  
alguna que otra mejora.  
(Bajo á Manuel.)  
(Habla: estás haciendo muecas  
y me irritas: ya te escucho.)
- MANUEL. (Con naturalidad.)  
Oh! se ha mejorado mucho  
con algunas hipotecas.
- MARTIN. (Manuel!) (Bajo.)
- MANUEL. Ese ha sido el yerro.
- ANT. Qué dice?
- MARTIN. Está distraido.
- MANUEL. Sólo él la culpa ha tenido,  
ese inglés, ese inglés perro.
- PILAR. ¿Cómo?
- MARTIN. Quiere con locura  
á un perro inglés. Esos son  
sus gustos.
- MANUEL. (Trasposicion  
le llaman á esta figura.)
- ANT. No son placeres vedados.
- MANUEL. Me encantan las cacerías.  
¡Adios, dulces correrías!
- MARTIN. Manuel!
- MANUEL. Con otros cuidados...  
Así pudieron llevar  
en nuestros antiguos feudos  
alegre vida mis deudos.
- PILAR. (Con aplomo y tono pretencioso.)

- Cazando suele pasar  
el invierno y el estío  
también mi tío el marqués.
- ANT. Quién? Tu tío? (Asombrado.)  
PILAR. Claro es.  
ANT. (Bajo á Pilar.)  
(Chica, quién es ese tío?)  
PILAR. Su título puedo usar,  
que soy su sola heredera.  
ANT. (Pues si aguardas á que muera  
ya te puedes esperar.)  
(Bajo á Pilar.)  
(Qué oportuna! Bien por Dios!)  
MARTIN. Mucho celebro, Pilar...  
MANUEL. (Bajo á San Martin.)  
(Anda, ya podeis tratar  
de noble á noble los dos.)  
PILAR. (Á San Martin.)  
De fijo usted no venía  
á casa á felicitar-me.  
Los dias no quieren darme?  
MARTIN. Es su santo? No sabía...  
MANUEL. Nos da usted una sorpresa.  
MARTIN. Aún nuestro olvido podemos  
enmendar.  
MANUEL. Vaya.  
ANT. Hoy tenemos  
algun amigo á la mesa,  
y si nos quieren honrar...  
MANUEL. (Apesuradamente.)  
Sí, desde luégo.  
PILAR. Tendría  
yo tanto gusto...  
MARTIN. Sería  
el gusto nuestro, Pilar.  
MANUEL. (Á San Martin.) (Dí que sí, dila que sí.)  
PILAR. Comeremos á las cinco.  
MARTIN. Tengo que hacer.  
MANUEL. (De ira brinco!)  
ANT. Y usted, Manuel?  
MANUEL. Oh! por mí...  
MARTIN. Negocios... La Bolsa... Habrá

- que dejarla.
- MANUEL. (Desdichada!  
La Bolsa? Pues más dejada  
que está por nosotros ya!)  
PILAR. Me desairan!
- MANUEL. Por los dos  
acepto yo y eso basta.
- MARTIN. (Bajo á Manuel.)  
(Qué decías de subasta?  
No seas tan torpe, por Dios!)  
(Se levantan todos.)
- ANT. (Bajo.) (Oye, Pilar.  
Ya te escucho.
- PILAR. (Bajo.)
- ANT. Es noble y muy rico está,  
y no es mal mozo.
- PILAR. Papá!...
- ANT. Mira que te mira mucho!)  
(Á Manuel, bajo.)
- MARTIN. (Ves, hombre, si no mintiéramos...  
¡Qué atenciones recibimos!  
Somos ricos, ¿lo oyes?  
Fuimos!
- MANUEL. Y somos felices.  
Éramos.)
- MARTIN.
- MANUEL.

## ESCENA X.

DICHOS, LUIS por el fondo.

- LUIS. (Se ha marchado. Alma, respira!  
Moros en la costa! Adios!)  
(Bajo.) Pilar. (¡Hablandô los dos!)  
(Bajo.) Pilar, oye. (¡No me mira!  
Como es noble... ¡Al fin mujer!)  
ANT. (Á Manuel.) Usted mi libro ha leído?
- MANUEL. Como de fuera he venido.
- ANT. Pues lo debe usted leer.  
Sobre el tabaco... ¡un primor!
- MANUEL. Es obra?
- ANT. Maravillosa!  
Si no se habla de otra cosa

- en mi casa, no señor.  
(Coge un periódico de la mesa.)  
Aquí está el anuncio.
- MANUEL. Á ver.
- LUIS. (Quién habrá que esto resista?  
Si soy de tan buena pasta!)
- MANUEL. (Lee en voz muy alta.)  
Aquí? «Se saca á subasta  
la quinta de Bella-vista.»  
(¡Qué barbaridad!) (Se guarda el periódico.)
- ANT. ¿Qué es eso?
- MANUEL. (Si lo llegan á leer!)  
Propaganda quiero hacer.
- ANT. Ese libro es un progreso.
- LUIS. (Tirándola del vestido.) Pilar! (Niña veleidoso.)
- PILAR. ¿Al fin se quedan? (Á San Martín.)
- MARTIN. Pilar,  
yo nunca me sé negar  
á lo que pide una hermosa.
- MANUEL. Oyéndole me confundo! (Á D. Antonio.)
- LUIS. (Á insultarla voy á gritos!  
Estos son los consejitos  
de la dama del segundo!)  
(Pilar examina una sortija de San Martín.)
- PILAR. Qué hermoso diamante!
- MARTIN. Era  
de mi madre. Pobre anillo!  
Es pequeño.
- PILAR. Tiene un brillo!
- LUIS. (Si la cojo en la escalera!  
Pues no se rie la ingrata!)  
Pilar, Pilar!
- PILAR. (Con despecho.) Déjame.
- LUIS. ¿De qué te ries, de qué?
- PILAR. (¡Con qué confianza me trata!)
- MANUEL. (Á D. Antonio.) Vaya, los dos la leeremos.
- LUIS. (Me ha puesto fuera de mí!)
- ANT. Pero ¿qué hacemos aquí?  
No es hora ya? No comemos!
- PILAR. Aún no ha venido Leonor.
- ANT. No importa: allí la esperamos.
- LUIS. Bien pensado.

- LUIS. Por supuesto.
- LEONOR. Qué gente tan desatenta!  
Vamos ya. (Luis se sienta.)  
(Pues no se sienta!)  
No me da el brazo! qué es esto?  
Oh! no lo consiento!) Qué?  
¿No viene usted?
- LUIS. No, señora.
- LEONOR. (Cómo entro yo sola ahora?)
- LUIS. Cuando sea príncipe iré.
- LEONOR. No entiendo.
- LUIS. Estoy en desgracia.
- LEONOR. Ya. San Martín... su venida...
- LUIS. ¿Cómo he de ir? Si está reunida  
ahí toda la aristocracia!
- LEONOR. Bah! Ya entiendo. De Pilar  
algun ligero desvío. (Sonriendo.)  
Es muy niña, amigo mío:  
se la debe perdonar.
- LUIS. Sus instintos orgullosos  
despierta... ¡Adios mis amores!
- LEONOR. (Con afabilidad.) Siempre los aduladores  
pierden á los vanidosos!
- LUIS. Pues á mí nunca...
- LEONOR. Á usted no,  
Á usted no, pero á otros ciento.  
Es que usted tiene talento  
y mundo... (Con mucha expresion.)
- LUIS. (Sonriendo.) Señora... yo...
- LEONOR. Sin duda. (Cayó en la red.)  
Le encuentro á usted obcecado.
- LUIS. Leonor... (Amable.)
- LEONOR. ¿Por qué tan turbado?  
Si ella le prefiere á usted.
- LUIS. Lo que he visto...
- LEONOR. Es usted niño  
lleno de dudas y duelos.  
Sólo quiere darle celos  
para aumentar su cariño.
- LUIS. Es rico y aristocrático.  
Me aventaja...
- LEONOR. (Acercándose.) Qué locura!



- ANT. Manuel, vamos.
- PILAR. Pasemos al comedor.  
(Salen D. Antonio y Manuel por el fondo.)
- LUIS. (Se queda bajo la mesa!  
Me las tiene que pagar!)  
(Ofreciéndola el brazo.)  
Vamos, el brazo, Pilar.
- MARTIN. (Ofreciéndola el brazo.)  
Vamos, el brazo, marquesa.
- PILAR. Ah! gracias. (Sonriendo.)  
(Da el brazo á San Martin, y se apoya en él con co-  
quetería.)
- LUIS. ¡Marquesa, sí!  
Marquesa la hizo de pronto.  
Se van... Me han dejado tonto.  
Sí, me dejan solo aquí.  
(Salen por el fondo Pilar y San Martin.)

## ESCENA XI.

LUIS, despues LEONOR.

- LUIS. Me ha despreciado... ¡Yo lloro  
y rujo y bramo!... Ay de mí!  
¿No he de bramar, si aprendí  
ochenta leyes de Toro?  
Yo que en verla me deleito  
aquí quisiera acabar!  
Tal porvenir despreciar.  
Yo que ya tenía un pleito.  
De esa señora intrigante  
es la culpa, y de mi estrella.  
La del segundo... Ay! de ella  
si se me pone delante.  
(Entra Leonor muy deprisa por el fondo.)
- LEONOR. Nadie aún? Pues ya es la hora.  
Cómo! Solo usted aquí?  
¿Están ya comiendo?
- LUIS. Sí.
- LEONOR. Que comen ya?
- LUIS. (Friamente.) Sí señora.
- LEONOR. Sin esperar! (Escandalizada.)

- ni en talento, ni en figura,  
ni en nada. Usted tan simpático...
- LUIS. Usted piensa... (Con finura.)
- LEONOR. (Acercándose más.) Es que le aprecio  
en lo que vale. Así ceja  
y el campo libre le deja.
- LUIS. Es verdad, vamos.
- LEONOR. (Qué necio!)  
Trasfigurado le miro.  
Desgraciado San Martin!
- LUIS. Señora, el brazo. (Dándola el brazo.)
- LEONOR. (Por fin!)
- LUIS. Me ha salvado usted. Respiro.
- LEONOR. ¿Por qué solos los dejó?  
Si él alaba sus encantos...  
La vanidad pierde á tantos!
- LUIS. Pues á mí nunca...
- LEONOR. (Con intencion.) Á usted no.  
(Con mucha expresion.)  
Es que usted tiene talento,
- LUIS. (Con mucha finura.)  
Y usted señora, hermosura.
- LEONOR. Y usted modestia y finura.
- LUIS. Y usted encantos sin cuento.
- LEONOR. Y usted frase seductora.
- LUIS. Y amabilidad ustedé.
- LEONOR. Usted siempre atento fué.
- LUIS. De usted aprendí señora.
- (Salen por el fondo hablando con mucha animacion:  
cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

PILAR, D. ANTONIO.

ANT. ¿Vienes de la calle?

PILAR.

Sí.

Con Rafaela he visitado  
á ese anciano desgraciado  
que vive cerca de aquí.

ANT.

Ya.

PILAR.

Recorrer necesito  
la calle de punta á punta.  
Ya sabes, soy de la Junta  
benéfica del distrito.  
Todas las damas lo son  
y ¿qué hacer? ¿qué se diría?

ANT.

Es verdad; eso, hija mia,  
está muy puesto en razon.  
Va á salirme un poco caro,  
pero mi honor se interesa.

PILAR.

Como paso por marquesa...  
Siéndolo Leonor...

ANT.

Es claro.

PILAR.

Llena de angustia y de afan

esta mañana he salido  
llevando el mejor vestido.  
Para subir á un desvan  
y dar limosnas...

ANT. Sí, era  
preciso.

PILAR. Ayer anuncié  
mi visita y me encontré  
todo el mundo en la escalera.  
Mientras que yo presurosa  
pasaba de ellos delante,  
uno dijo: ¡qué elegante!  
otro murmuró: ¡qué hermosa!  
Con mil muestras de sorpresa,  
iban cien chicos saltando  
delante de mí gritando:  
¡la marquesa, la marquesa!  
Llegué arriba, tomé aliento,  
dí plata, hablé conmovida,  
y al punto bajé seguida  
del mismo acompañamiento.  
Triste dejé la escalera,  
sentí que algo me faltaba.  
ay! papá, no me esperaba  
ni una berlina siquiera.  
Á pie vine, llegué aquí  
y dije esta gran verdad:  
¡qué hermosa es la caridad  
cuando se practica así!

ANT. Muy bien, niña, así me gusta.

PILAR. ¿Por qué obligarme á correr  
siempre á pie?

ANT. ¿Qué hemos de hacer?

No te obligo, eres injusta.  
Mi posición... Como un loco  
por tí escribo día y noche.

PILAR. ¿Por qué no alquilas un coche?

Eso te cuesta muy poco.

ANT. Van mis negocios muy mal  
y está oscuro el porvenir.

Yo no ceso de imprimir  
y me gasto un dineral.

Son mis escritos portentosos,  
más nadie quiere comprarlos,  
y por popularizarlos  
tengo que darlos á cientos.  
Lo mucho que valgo sé,  
aunque el vulgo no lo crea,  
y en cuanto ministro sea  
yo me subvencionaré.

PILAR.

Toma un coche.

ANT.

Lo deseo.

PILAR.

Leonor va á tener carruaje.  
Ya ves, ese es un ultraje  
para los dos.

ANT.

Pues no veo...

PILAR.

Vaya, es cosa que me humilla.  
¡Ir á pie siendo marquesa!  
Tener coche te interesa  
mucho.

ANT.

Á mí! ¿Por qué, chiquilla?

PILAR.

Un hombre tan conocido  
ir á pie!... Qué extravagancia!  
Un coche ¡cuánta importancia  
te ha de dar en tu partido!  
Y en algun tiempo, al llegar  
al poder, cuanto te veas  
por fin comprendido y seas  
el ministro de Ultramar,  
y en un decreto elegiaco  
tu filantropía exhibas  
y en América prohíbas  
el cultivo del tabaco;  
cuando con tono altanero  
el jefe de otro partido  
murmure que estás vendido  
al oro filibustero,  
ardiendo de indignacion  
podrán decir tus amigos,  
de tu opulencia testigos  
en tiempo de oposicion:  
«¿Quién de tal hombre recel? »  
»¿No le conocéis de ayer? »  
»No le hace falta el poder

- »para arrastrar carretela!»  
ANT. (Admirado.) Es cierto! Y yo me oponía;  
qué gran golpe! Es un portento  
esta chica de talento.  
Claro está; si es hija mia.  
PILAR. Conque...  
ANT. Basta ya de extremos.  
PILAR. ¿Habrá coche?  
ANT. De eso trato.  
PILAR. Alquilado es muy barato.  
Treinta mil reales.  
ANT. Veremos.  
PILAR. Vamos, decidido está.  
¿Verdad?  
ANT. No digo que no.  
Si no te le pongo yo  
otro te complacerá.  
San Martin...  
PILAR. Amable es,  
más no ha dicho...  
ANT. No te creo.  
¿Imaginas que no veo?  
Es rico, pero marqués  
querrá ser. En fin, merece  
mi simpatía y tu amor.  
¿Le haremos embajador  
en Rusia si te parece?  
PILAR. Bueno.  
ANT. Pero mi intencion  
no le digas. Si supiera...  
No haga el diablo que te quiera  
por la pícara ambicion.

## ESCENA II.

DICHOS, RAFAELA.

Entra por el fondo con un ramo de dalias.

- RAF. Señorita...  
PILAR. ¿Qué querías?  
ANT. Voy á salvar al país

- con dos letras. (Sale por la derecha.)  
RAF. De don Luis.  
Manda uno todos los dias.  
PILAR. (Qué gusto! Tener carruaje!)  
RAF. Qué bien casadas están!  
Son dalias. Le sentarán  
bien á usted con aquel traje.  
PILAR. ¿Con aquel traje? Ya no.  
Sabes que está arrinconado.  
¿Despues que otra lo ha estrenado  
me le voy á poner yo?  
Á ver... (Coge el ramo.)  
RAF. ¡Qué bien hecho está!  
Son dalias.  
PILAR. (Con disgusto.) Dalias? Qué veo!  
Si esto no huele. Qué feo!  
Si fueran camelias...  
(Tira el ramo por el balcon y sale por la derecha.)  
RAF. Ah!

### ESCENA III.

RAFAELA, despues LUIS.

- RAF. Vaya un genio. Pobre ramo!  
Siendo de Luis... Allí está.  
En el tejado de enfrente  
de esa casita. ¡Qué tal  
con la niña? Y él la quiere!  
Señor, ¿por qué la querrá?  
LUIS. (Entra muy de prisa por el fondo.)  
Rafaela, ¿ha tomado el ramo?  
Contéstame, por piedad.  
¿Está en casa? No está en casa?  
¿Vino el otro? Se fué ya?  
¿Ha preguntado por mí?  
¿Me olvida la desleal?  
¿Y la del segundo? Vino?  
¿Se encuentra bien? Está mal?  
¿Habló de mí? No se ha muerto  
todavía? Morirá  
pronto? Contesta, por Dios!

- Habla!
- RAF. Si de contestar  
no me da usted tiempo.
- LUIS. Ah! sí.  
Tienes razon; es verdad.  
Perdóname. Si estoy loco.  
Y mi ramo, ¿dónde está?  
La gustó? Le ha puesto en agua?
- RAF. En el balcon debe estar.  
Le ha puesto al sol.
- LUIS. Sí? De veras?  
(Corre al balcon.)  
Aún se acuerda. Veamos... Ah!
- RAF. Qué le pasa?
- LUIS. (Furioso.) En un tejado!  
Esto es una indignidad.  
¡Sirve á un gato de almohadon  
y me costó un dineral!  
Infame! Yo te desprecio  
y yo te abomino!
- RAF. Ya?
- LUIS. Tienes razon: ya era hora.
- RAF. ¿Lo dice usted de verdad?
- LUIS. Usted, usted, siempre usted.
- RAF. Yo, Luis...
- LUIS. ¿Cuándo me hablarás  
de tú como en otro tiempo?
- RAF. Como ya no volverá...
- LUIS. No importa. Te lo suplico.
- RAF. Si tanto te empeñas... (Con dulzura.)
- LUIS. Ah!
- Rafaela!
- RAF. Luis.
- LUIS. Despreciarme!  
Soy muy desgraciado.
- RAF. Bah.
- LUIS. Nunca la he querido mucho.
- RAF. Pues entónces...
- LUIS. Ahí verás.  
El amor propio ofendido.  
Dejarme por ese...
- RAF. Ya.



- LUIS. ¿Entiendes?  
RAF. Un poco, si.  
LUIS. ¿Me compadecees?  
RAF. Sí tal,  
un poco.  
LUIS. Tambien tú has sido  
infeliz! Más que yo, más.  
RAF. Un poco.  
LUIS. Todo lo tomas  
con una calma...  
RAF. Ahí verás.  
LUIS. Como yo no tengo orgullo.  
No le tienes! es verdad.  
Pobre Rafaela! Mimada  
por la fortuna desleal  
un día, otro te olvidó  
y no se ha acordado más  
de tí, dejándote pobre,  
sin familia y sin hogar.  
RAF. Tu padre me recogió,  
y en tu casa conté en paz,  
feliz, tranquila, dichosa,  
horas que no volverán!  
LUIS. Fué preciso separarnos.  
Una mujer eras ya.  
RAF. ¿No te acuerdas, Luis? Entónces  
abrió tu noble papá  
aquella tienda...  
(Luis mira con inquietud á todas partes.)  
¿Qué miras?  
LUIS. (Si la llegan á escuchar...)  
RAF. Hoy teneis un almacén.  
Ah! Dios no os puede olvidar.  
LUIS. Bien me acuerdo: en aquel cuarto  
que á la triste calle da,  
junto á aquella humilde reja  
que apenas deja pasar  
la luz, pasamos los días  
llenos de dulce amistad,  
yo luchando con los Fueros  
y las Córtes de Alcalá,  
y tú en pugna con la aguja.

- RAF. las tijeras y el dedal.  
Yo á veces me levantaba,  
no te dejaba estudiar  
y te cerraba los libros.
- LUIS. Y yo mil veces audaz  
la labor te arrebatava  
y te escondía el dedal,  
y huía por los pasillos  
y tú corrías detrás,  
y á veces si me alcanzabas  
me llegabas á pegar...  
Mas todo con inocencia.
- RAF. Eso es, sin malignidad.
- LUIS. Como amigos, como hermanos.
- RAF. Es claro: ¿qué éramos más?  
Y los domingos! Te acuerdas?
- LUIS. Dias de felicidad  
eran. Íbamos al campo  
seguidos de mis papás.  
Jugábamos como niños,  
cantábamos sin cesar,  
arrancaba yo amapolas  
y te despeinaba audaz  
por adornarte. Del brazo  
volvíamos.
- RAF. Á pensar  
empezabas en tu suerte;  
eras ambicioso ya.  
Ibas á ser abogado,  
gran orador.
- LUIS. Ojalá.
- RAF. Y ministro. Yo decía:  
«Ay Luis, tú me olvidarás!»
- LUIS. Y yo juraba que no  
con toda solemnidad,  
y tú, Rafaela...
- RAF. Lloraba  
sin poderlo remediar.
- LUIS. ¿Y luégo, y la despedida?  
Olvidas lo principal.  
Cogía una de tus manos...  
(La coge una mano.)

- RAF. Que te dejaba estrechar  
como ahora.
- LUIS. Algunas veces  
mi brazo llegó á alcanzar  
tu cintura. (La abraza.)
- RAF. Como ahora.
- LUIS. Sí, como ahora, es verdad...  
mas todo con inocencia.
- RAF. Eso es, sin malignidad.
- LUIS. Como amigos, como hermanos.
- RAF. Es claro: ¡qué éramos más!  
(Se miran con cariño un momento.)
- LUIS! Luis!
- LUIS. Rafaela! ¿Te engañaba?  
Luis no te puede olvidar.

#### ESCENA IV.

DICHOS, LEONOR, por el fondo.

- LEONOR. Qué veo! Bien! (Luis y Rafaela se separan.)
- LUIS. (Nos pilló.)
- LEONOR. Quién había de pensar...  
Engañando á la doncella!  
Qué jóven tan inmoral!
- RAF. (Qué vergüenza!)
- LUIS. Yo, señora...
- LEONOR. Por Dios! Venga usted acá.  
Un abogado, un muchacho  
tan listo, tan fino, tan...  
Jóven de buena familia,  
amable como el que más,  
rebajándose, humillándose...
- LUIS. ¿Pero puede usted pensar  
que yo... (Bruscamente.)
- LEONOR. Vaya, no lo pienso.  
Si insisto se ofenderá.  
Sé muy bien que usted... Pero eso  
es falta de caridad.  
Si ella cree...
- LUIS. (Con dureza.) Qué ha de creer?

- LEONOR. Poco suspensa que está!  
Já, já, já, já!
- RAF. (Qué martirio!)
- LUIS. Me hace usted reir... Já, já!
- RAF. (Los dos se rien de mí!  
¡Ingrato, ingrato!)  
(Sale por el fondo sollozando.)
- LEONOR. Se va,  
y se va llorando.
- LUIS. (Sorprendido.) Qué!  
Llorando ella?
- LEONOR. Es natural.  
Como usted se ha reído...
- LUIS. Yo!
- LEONOR. Y de la dama sin par  
se ha burlado...
- LUIS. (Irritado.) ¿Me he burlado?  
¡Eso es una indignidad!
- LEONOR. Lo será, pero ¿por qué  
se ha reído?
- LUIS. (Voto á tal!)
- LEONOR. Infeliz! Ya se veía  
magistrada y no sabrá  
leer.
- LUIS. (La he ofendido, sí.)
- LEONOR. Já, já!
- LUIS. Señora!
- LEONOR. Já, já!
- LUIS. (¿Seré tonto, seré necio,  
y orgulloso y animal?  
Si esta madama... ¡Si un día  
hago una barbaridad!)
- LEONOR. Ah! *mon Dieu!*
- LUIS. (*Mon Dieu, mon Dieu!*  
Ya no sabes decir más.)
- LEONOR. Conque Luisito...
- LUIS. (Bruscamente.) Señora,  
¿quiere usted dejarme en paz?  
(Sale por el fondo.)

ESCENA V.

LEONOR.

Jesús, Jesús! Qué modales!  
Está por civilizar.  
Vaya un lance! Quién diría?  
Á una mujer tan vulgar,  
sin nombre, sin ascendientes  
ni descendientes! Qué tal?  
¿Que es esto? Nadie parece.  
Á ver... ¿quién me anunciará?  
¡Qué casa tan mal montada!  
Yo misma tengo que entrar  
sin que nadie me preceda.  
¡Qué mal educada está  
en España la alta clase,  
y la media ó sin timbrar,  
y la de las capas últimas,  
toda la escala social! (Sale por la derecha.)

ESCENA VI.

SAN MARTIN, MANUEL, por el fondo.

MARTIN. Bueno, bien!

MANUEL. ¿Quién se engañaba?

¿Qué recurso queda ya?  
Pobre hermano! Todavía  
me prohibes suspirar?

MARTIN. Me molestan tus sermones.

MANUEL. Aún insistes?

MARTIN. Claro está.

MANUEL. ¿De qué sirve tu insistencia?  
La pobreza es lengua az,  
atrevida y descarada  
y al fin nos descubrirá.  
Pobreza! dice lo triste  
y lo mustio de tu faz;  
pobreza! grita mi cara,  
mi descompuesto ademan,  
mis suspiros y mi modo

trémulo y triste de andar.  
Hablarás de tus caballos,  
de tus tierras hablarás  
y de tu hermoso chálet  
y de tu nombre sin par,  
y el mejor día, tranquilo,  
por la ventana ojival  
de un distinguido agujero  
de tu elegante gaban,  
á ver lo que hay por el mundo  
el codo se asomará,  
diciendo á gritos: socorro!  
aquí ya no me dan pan!

MARTIN.

Quiéres callarte!

MANUEL.

Me callo.

Si pudieras acallar  
del mismo modo los gritos  
de esa turba sin piedad  
de acreedores. Ya se ve,  
tu en casa tranquilo estás  
y nada ves. Yo les hablo  
y voy de aquí para allá  
y les suplico y les ruego  
y les vuelvo á suplicar,  
y empeño y pido prestado,  
y oigo que me llaman truhan.

MARTIN.

Pobre Manuel!

MANUEL.

Pobre, sí.

Como que no tengo un real.  
Ya todo Madrid lo sabe.

MARTIN.

Oh! no. Yo sabré negar...

MANUEL.

Bien hecho. Calumniadores!

¿Ves con qué facilidad  
hacen creer?... Pero no,  
no nos harán confesar.

MARTIN.

(Confesar... ahora que ella  
me corresponde. Jamás!)

MANUEL.

Hoy tenemos casa aún  
y mañana Dios dirá.  
Vivir del crédito es bueno,  
pero es triste no llevar  
nunca un cuarto en el bolsillo

donde el aire entra no más.

¿Ya que podemos vender?

Si nos quisieran comprar  
el orgullo al peso.

(San Martin se quita el anillo que lleva  
dedo.)

MARTIN. (Alargando el anillo.) Toma  
y véte y déjame en paz!

MANUEL. Qué es eso? (Coge el anillo.)

MARTIN. Vende ese anillo.

Algo por él te darán.

MANUEL. Voy á la casa de préstamos

de la esquina. Popular

soy allí. Ya me conocen

en el modo de llamar,

y cuando falto algun dia

me pregunta muy formal

alguno: Pero hombre, ayer

no vino usted por acá?

¿Ha estado usted en cama?

MARTIN.

Véte!

MANUEL. Allá voy. (Qué ceguedad!) (Sale por el fondo.)

## ESCENA VII.

SAN MARTIN, LEONOR, por la derecha.

LEONOR. ¿Como está usted, San Martin?

MARTIN. Muy bien, ¿y usted?

LEONOR. (Muy afectuosa.) Ya era hora.

Hoy viene tarde.

MARTIN. Señora...

LEONOR. Pero le vemos al fin.

Y su hermano ¿cómo está?

¿cómo no viene?

MARTIN. Ocupado.

LEONOR. Es bien extraño. Pegado

á usted cual su sombra va.

Hablándole soy dichosa.

MARTIN. Mil gracias.

LEONOR. Me felicito

de verle.

- MARTIN. Gracias, repito.  
(No está poco empalagosa.)  
¿Se va usted á lo que veo?
- LEONOR. Á compras... Siempre á comprar.  
Despues vendré por Pilar  
para salir á paseo.  
Siempre al Retiro voy yo.
- MARTIN. (Qué afectacion! Jesucristo!)
- LEONOR. Estas tardes no le he visto  
á usted á caballo.
- MARTIN. No.
- LEONOR. Ahora salgo poco.
- MARTIN. Sí.
- LEONOR. Ya comprendo. Usted tendrá  
todos sus potros allá.
- MARTIN. Sí señora, están allí.
- LEONOR. Ayer en la Ópera ¿cuánto  
se agradeció su visita  
al palco?
- MARTIN. Sí?
- LEONOR. Pilarcita,  
la pobre, se alegró tanto!
- MARTIN. Era un deber, más no creo...  
no hay motivo.
- LEONOR. ¿No?
- MARTIN. Pilar...
- LEONOR. Quiere usted disimular?  
Usted piensa que no veo?  
Pilar á mí me interesa  
como usted.
- MARTIN. Gracias, señora.
- LEONOR. Ella le ama, usted la adora,  
usted rico, ella marquesa.  
Está todo equilibrado.  
No se pueden ofender  
ni la estirpe, ni el ayer,  
ni la alcurnia, ni el pasado.  
Hay igualdad singular  
que augura un buen porvenir.  
Ni usted tiene que subir,  
ni ella tiene que bajar.  
Sin embargo, veces cien



- vale usted más...
- MARTIN. (Sonriendo.) Por favor...  
(Lo que es hablar, sí señor,  
habla bien, pero muy bien.)
- LEONOR. Soy su verdadera amiga.  
De un dato le he de enterar  
y un buen golpe puede dar.
- MARTIN. Sí? La ruego que me diga...
- LEONOR. Al teatro quiere ir  
Pilar; mas que yo la lleve  
á decirme no se atreve.
- MARTIN. ¿Y en qué puedo yo servir?...
- LEONOR. En el Real darán hoy  
gran funcion fuera de abono.  
Irá la gente de tono  
y por lo tanto yo voy.  
Si ella no va, ¡qué profundo  
disgusto! Comprende usted?
- MARTIN. Sí, comprendo, mas no sé...
- LEONOR. Jesús! Un hombre de mundo...  
De complacerla es ahora  
ocasion.
- MARTIN. No sé... no doy...
- LEONOR. Si usted la trajese hoy  
un palco.
- MARTIN. (Asustado.) Quién? Yo, señora!
- LEONOR. Con un rasgo así se inflama,  
se conquista un corazon.
- MARTIN. (Vaya una proposicion  
para tan ilustre dama!)
- LEONOR. Su hermoso semblante adusto  
verá usted cuál se embellece  
riendo.
- MARTIN. (No me parece  
el rasgo del mejor gusto.)  
Pero un extraño... un amigo...  
(¡Qué lance más apurado!)
- LEONOR. Le recibirá. El cuidado  
deseche. Yo se lo digo.
- MARTIN. Pero el padre...
- LEONOR. — Pasará  
porque le regalo yo.

- ¿Hay más objeciones?  
MARTIN. No.  
LEONOR. Además conmigo irá.  
San Martin, lo dicho dicho.  
Es necesario comprarle.  
MARTIN. (Un palco! y con qué pagarle?)  
LEONOR. Anticiparse al capricho  
de una niña encantadora,  
que obstáculos no consiente  
y arruga la blanca frente  
que la impaciencia colora,  
¿es poco? Así las beldades  
se vencen, con ser atento.  
¿Tendré yo conocimiento  
del mundo y las sociedades?  
La pobre impaciente está.  
MARTIN. (¡Y yo no sé dónde estoy?)  
LEONOR. Va usted, San Martin?  
MARTIN. (Sin moverse) Sí, voy...  
LEONOR. Llamo? Rafaela irá.  
MARTIN. No. Yo mismo iré por él. (Dete niéndola.)  
LEONOR. (Qué servicial y qué atento!)  
Vuelva usted pronto.  
MARTIN. (Aturdido.) Al momento.  
(Mas dónde voy? Ah! Manuel!)

### ESCENA VIII.

DICHOS, MANUEL, por el fondo.

- LEONOR. (Manuel. Qué jóven tan vano!  
Aún no me ha hablado una vez.  
No tiene la sencillez  
elegante de su hermano.)  
(Manuel se acerca bulliciosamente á San Martin.)  
MANUEL. (Estoy hecho un azacan!)  
MARTIN. (¿Traes algo? (Bajo.)  
MANUEL. (Bajo.) Esto es una ruina.  
En la casa de la esquina  
sólo veinte duros dan.  
El anillo les conviene.  
MARTIN. Veinte? (Bajo.)

- MANUEL. (Dándose los.) Guárdalos bien, chico.)  
(Ay! ya puedo hacer de rico  
hasta el domingo que viene.)
- MARTIN. (Alto y con naturalidad.)  
Manuel.
- MANUEL. Me llamabas?
- MARTIN. Vé  
al Teatro Real.
- MANUEL. (Con extrañeza.) ¿Yo?
- MARTIN. Sí.  
Compra un palco y vuelve aquí.  
Aquí te espero.
- MANUEL. (Asombrado.) ¡Qué! Qué!  
Que vaya al Real!
- MARTIN. (Bajo.) Ten calma.  
¿Tienes suelto? Van ahí  
quince duros. (Se los da.)
- MANUEL. (Ay de mí!  
Quince pedazos del alma!)
- LEONOR. Yo allí me divierto poco.
- MARTIN. Ye tambien. (Vaya un apuro!)
- MANUEL. (Bajo.) (Hermano. ¿tú estás seguro  
de que no te has vuelto loco?)
- MARTIN. (Silencio!) (Bajo.)
- MANUEL. (Me siento mal.  
Ahora que ya nos veíamos  
desahogados.) ¿No podíamos  
ir á entrada general?  
(Un palco! Qué horrible idea!  
Un palco!)
- MARTIN. (Impaciente.) ¿No vas?
- MANUEL. Sí... voy...  
(Siempre la víctima soy!  
Un palco!) ¿Bajo ó platea?  
(Esto es ponerme en un potro.)
- MARTIN. Lo mismo da.
- MANUEL. (Ya adivino.  
Es igual: tan desatino  
es el uno como el otro.)
- MARTIN. (Bajo y exasperado á Manuel.)  
(Qué haces ahí! Qué estás diciendo!  
¿Quieres humillarme? Acaba!)

- MANUEL. (Es verdad; no me acordaba de lo que soy.) Voy corriendo.  
(Me ha convertido en bagaje.  
¡Voy á pasar una noche!)  
(Con mucho orgullo.)  
¿Ha venido nuestro coche?
- MARTIN. No sé. (Turbado.)
- MANUEL. Tomaré un carruaje.  
(Sale por el fondo.)
- LEONOR. Yo tambien le dejo á usted.  
Quieto, quieto, sin cumplido.  
Pilar viene. (Sale por el fondo.)
- MARTIN. (Estoy perdido!)  
¡No sé qué hacer, no lo sé!

### ESCENA IX.

SAN MARTIN, PILAR, por la derecha.

- PILAR. Aquí estás! (Con coquetería.)
- MARTIN. Hace un instante  
solamente que he llegado.
- PILAR. Sí? Lo había adivinado.
- MARTIN. Siempre tú tan elegante.
- PILAR. Pues este traje... no tal...
- MARTIN. Es que en tí me gusta todo.
- PILAR. En casa... de cualquier modo...  
(Me ha costado un dineral.)  
Pero siempre tan atento...
- MARTIN. Hoy estás cual nunca hermosa.
- PILAR. Voy á volverme orgullosa.  
(Qué hombre de tanto talento!)
- MARTIN. Verte me ha tranquilizado.  
Venía con un temor...
- PILAR. Temor? ¿Por qué?
- MARTIN. Alguna flor  
temí ver en tu peinado.
- PILAR. ¿Cómo en casa he de tener  
flores?
- MARTIN. Como te han traído  
un ramo yo había temido...
- PILAR. ¿Celos ya?

- MARTIN. Bien puede ser.
- PILAR. ¿Celos... y de Luis?
- MARTIN. Quizás.
- PILAR. Cómo? De Luis... Quién creyera...  
Yo no digo que él no quiera...  
Se insinuó, más yo jamás...  
No hablará, fuera cansarse.  
Es de otro mi corazón.  
Los hombres sin posición  
no pueden enamorarse.
- MARTIN. Pero él no tiene...
- PILAR. Ni un real.  
¿Pues no le ves tan mohino?  
Yo en la cara lo adivino.
- MARTIN. (Asustado y retrocediendo.)  
Cómo! Tú?...
- PILAR. (Acercándose.) ¿Te sientes mal?
- MARTIN. No. (Turbado.)
- PILAR. Palidecer te veo.
- MARTIN. Pues estoy bien, Pilarcita.
- PILAR. Dicen que ahora solicita  
el desdichado un empleo.
- MARTIN. Infeliz!
- PILAR. Qué afortunado  
quien tiene con qué vivir.
- MARTIN. Sí.
- PILAR. Tener que recurrir  
á recurso tan gastado!
- MARTIN. Basta; tal idea olvida;  
hablemos de algo mejor.
- PILAR. Es verdad, de nuestro amor,  
de nuestra futura vida.
- MARTIN. Será un dichoso vivir.  
Vivir tranquilo, modesto.  
Una vida...
- PILAR. Por supuesto.  
Te la voy á describir.  
Ya muy avanzado el día  
dejo del lecho el calor,  
y dedico al tocador  
la primer sonrisa mía.  
Teniéndote cerca á tí

Se pido al cristal consejo;  
yo me miro en el espejo  
y tú te miras en mí.  
Que muy fea no he nacido  
el espejo me asegura,  
y el de mis ojos te jura  
que eres de veras querido.  
Correr la mañana veo  
así dichosa en mi casa  
y la tarde se me pasa  
con mi coche en el paseo.  
Descanso en cojin mullido  
y por ambas portezuelas  
rebotan telas y telas  
de exhuberante vestido,  
alzándose audaz y fiero  
cual monumento elevado  
á la moda, mi peinado  
por encima del cochero.  
Voy feliz; el coche gira  
y las calles alborota;  
la yegua trota que trota,  
yo suspira que suspira.  
De la noche los instantes  
á los teatros destino,  
y yo la escena ilumino  
con la luz de mis brillantes.  
Flores cien en mi cabeza,  
piedras mil en mi garganta,  
el tenor canta que canta,  
yo bosteza que bosteza.  
Y así un día y tres y cuatro,  
siempre con igual empleo.  
El tocador y el paseo  
y el paseo y el teatro.  
Nadie que me contrarie;  
uno que penas me ahorre;  
la vida corre que corre,  
yo sonrie que sonrie.  
Existencia alegre y grata  
por mí á todas preferida...  
Lo que se llama una vida

- buena, bonita y barata!  
MARTIN. (Digo!)  
PILAR. Y á más las carreras,  
viajes y alguna otra cosa.  
MARTIN. (Demonio! Esta cara esposa  
va á salir cara de veras!)

## ESCENA X.

DICHOS, LUIS.

Por el fondo muy contento.

- LUIS. (Corre al balcon.) No me engaño, no señor.  
Está á la puerta, aquí está.  
Gran Dios! Si se mudará  
mi amiga doña Leonor?  
Un carro de muebles, sí.  
¿Quién me lo dijera, quién?  
(Reparando en Pilar y San Martin.)  
(Mas ¡qué veo! Bien, muy bien.  
¡Los dos solitos aquí!  
Que tales cosas se vean!)  
PILAR. Bueno, iremos al teatro.  
MARTIN. Qué noche! Yo te idolatro!  
LUIS. (Consternado.) (¡Se tutean, se tutean!)  
PILAR. Tú mi primer amor eres.  
Á nadie amé como á tí.  
LUIS. (Lo que me decía á mí.  
¡Cómo mienten las mujeres!)  
MARTIN. Digna eres de santos nombres.  
Cual yo no te quieren, no.  
LUIS. (Lo que la decía yo.  
¡Cómo mentimos los hombres!)

## ESCENA XI.

DICHOS, MANUEL, por el fondo.

- MARTIN. (¿Y el palco? (Bajo.)  
MANUEL. (Bajo.) Ya está comprado.  
Es de los mejores. Ten.

Pero en adelante!...

MARTIN. Bien.

MANUEL. Por Dios! (Bajo.)

MARTIN. No tengas cuidado.

MANUEL. ¿Es compromiso?

MARTIN. Formal.

MANUEL. No hagas otra tontería.)

(Ay! gracias á mi energía  
aún nos queda capital.)

PILAR. Leonor me vendrá á buscar  
para salir á paseo;  
pero tarda á lo que veo.

LUIS. (Vendrá hecha un brazo de mar.)

PILAR. Diga usted, Manuel?...

MANUEL. Señora...

PILAR. Qué hora es ya?

MANUEL. (Aturdido.) Ya deben ser...

Qué hora? Vaya usted á saber...

Pues ya debe ser la hora.

¿La sabes tú, hermano?

MARTIN. (Confuso.) Sí.

Esa hora es.

LUIS. Las tres son.

MANUEL. Las tres? (¡Qué alucinacion!

Que eran las once creí.)

## ESCENA XII.

DICHOS, LEONOR, por el fondo.

LUIS. (Vamos, ya está aquí. Qué traje,  
qué traje tan estupendo!  
Siempre está entrando y saliendo  
este régio personaje!)

PILAR. Oiga! qué elegante viene!  
(Qué cursi y qué recargada!)

LEONOR. ¡Qué hermosa, qué sonrosada!  
(Dios mio! qué ojeras tiene!)

¿Y usted, Luis? (Acercándose.)

LUIS. Con gran dolor.

LEONOR. Dolor?



- LUIS. Claro, usted se muda  
y nos deja.
- LEONOR. ¿Yo?
- LUIS. Sin duda.
- LEONOR. Quién ha dicho? No señor.  
Son muebles que compro.
- LUIS. Ya.
- LEONOR. ¿Los ha visto usted bien, Luis?  
De París.
- LUIS. (Sí, de París  
de la calle de Alcalá.)  
¿No se muda? (Tristemente.)
- LEONOR. No señor.  
Por ahora estoy muy contenta,  
y como no me arrepienta,  
*mon Dieu!*
- LUIS. (Imitándola.) (*Mon Dieu!* qué dolor!  
(Leonor se pasea para lucir el vestido y se acerca  
á Pilar.)
- LEONOR. ¿Le has visto ya, Pilarcita?
- PILAR. ¿De quién hablas?
- LEONOR. De ese anciano.
- PILAR. Esta mañana temprano  
le hice al pobre una visita.  
Infeliz! Cuánta indigencia!
- LEONOR. Bien cumples con tu deber,  
querida amiga.
- PILAR. ¿Qué hacer?  
Soy de la Beneficencia.
- LEONOR. Yo lo soy tambien. (Vivamente.)
- LUIS. (Qué dos!)
- PILAR. Implorar la caridad  
de mis amigos...
- LUIS. (Piedad!)
- PILAR. Intento en su obsequio.
- MANUEL. (Asustado.) (Adios!)
- LEONOR. Lo que piensas hacer hoy  
ayer en casa intenté,  
y en mi círculo saqué  
gran cantidad.
- MANUEL. (Yo me voy!)
- PILAR. Tantos tus amigos son

- que no es extraño. Tenemos  
pocos nosotros. Veremos  
si tienen buen corazón.
- LUIS. (De ser bueno ya estoy hartó.)  
(Manuel coge del brazo á San Martin.)
- MANUEL. Vámonos: sal de aquí, sal!
- LUIS. (Por orgullo un capital  
darán estos. Yo ni un cuarto.)  
(Pilar se acerca á San Martin y le pide dinero.)
- PILAR. San Martin.
- MANUEL. (Bajo.) (Detente, no!)
- LUIS. Ya el sacrificio comienza.  
(San Martin da á Pilar los cinco duros que le  
restan.)
- MARTIN. No tengo más. (Qué vergüenza!)  
Cinco duros.
- MANUEL. (Me partió!)
- PILAR. No fué mí esperanza vana.  
(Se acerca y pide á Manuel.)  
Manuel... Manuel...
- MANUEL. (Confuso registra sus bolsillos.) (Yo me muero!)  
Pilar... No traigo dinero...  
Me olvidé... Vendré mañana...
- LEONOR. (Ay! Jesús! Qué despiadado,  
qué avaro, qué desatento.  
Si no tiene un sentimiento  
bueno este desventurado.)
- MANUEL. (Algun dia la marquesa  
tendrá que pedir por mí.)
- LUIS. (Decir que no tiene! Aquí!  
Eso nunca se confiesa.  
Delante de tanta gente.  
Me avergüenzo y no fuí yo.)
- PILAR. Luis. (Pidiendo.)
- LUIS. (Aturdido.) Pilar, vaya, pues no.  
(Registra todos sus bolsillos y da cuanto dinero  
lleva.)
- PILAR. Una onza!
- LEONOR. (Perfectamente!  
En un mes no comerá;  
mas cumple cual caballero.)
- PILAR. (Una onza. ¡Qué majadero,

- qué pretencioso!)  
LEONOR. (Bajo á Luis.) (Bien!)  
LUIS. (Volviendo en sí.) Ah!  
¿Bien, por qué? (Pero es posible!  
Tambien yo. Quién lo diria!  
Si he dado cuanto tenía!  
Vamos, soy incorregible!)  
PILAR. Gracias, señores. No en vano  
he apelado á su piedad.  
Gracias á su caridad  
no se morirá ese anciano.  
LEONOR. Con la caridad del suelo  
se destierran las maldades.  
LUIS. (Sí, con estas caridades  
no iremos ninguno al cielo.  
Ninguno, tambien me incluyo;  
pues yo he dado, á la verdad,  
dos cuartos de caridad,  
y quince duros de orgullo.)

### ESCENA XIII.

DICHOS, RAFAELA, por el fondo.

- RAF. Señora...  
LUIS. (Pobre Rafaela!  
Si pudiese hablarla ahora.)  
RAF. El coche espera, señora.  
LEONOR. El coche! (Sorprendida.)  
PILAR. (Con orgullo.) Mi carretela.  
(El coche! Yo me desmayo  
de alegría!)  
LUIS. (Escandalizado.) (Qué derroche!  
Ya tiene la niña coche!)  
PILAR. (Ha caido como un rayo.)  
LEONOR. ¿Coche tú?  
PILAR. (Vencida está.)  
LEONOR. ¿Desde cuándo?... No sabía...  
PILAR. ¿Qué he de hacer? Yo no quería,  
mas se ha empeñado papá.  
(Ha sido golpe maestro.  
«El coche espera, señora.»

- Oh! no hay frase más sonora  
en el diccionario nuestro!)  
LUIS. (Tiene coche! Ya qué valgo!  
Irá en el coche con otro!  
Así se desboque el potro,  
á ver si se rompe algo!)
- PILAR. ¿Qué ruido es ese, Rafaela?  
¿Riñen en la calle?
- RAF. Sí.  
(Se asoma al balcón.)  
Es que un carro que hay aquí  
empuja á la carretela.
- LEONOR. Ya. Son muebles de capricho  
que he traído de París.
- RAF. Son de casa de don Luis.
- LUIS. (Disgustado.) De mi casa? Quién te ha dicho?
- RAF. Es verdad; salen ahora...
- LUIS. (Oh! mujeres imprudentes!)
- RAF. Mire usted sus dependientes.
- LEONOR. Pero es cierto? (Á Luis.)
- LUIS. No, señora.
- RAF. Vaya, si los veo yo  
y los conozco muy bien.  
Esos son de su almacén.
- LEONOR. Conque usted...
- LUIS. (Impaciente.) Señora, no
- LEONOR. Conque su padre...
- LUIS. (Sin saber lo que dice.) No tal...  
Sí tal... Es decir... Yo...
- LEONOR. Luego...
- LUIS. (Anda! Por poco si niego  
ahora á mi padre. Animal!  
Vamos, hay días fatales!)
- LEONOR. (Con desden.) Ciertamente: no sabía  
que usted, don Luis, descendía  
de familia de industriales.
- LUIS. Cómo!
- LEONOR. Ofenderle no quiero. (Sonriendo.)  
Es tienda que me enamora.  
Su papá de usted...
- LUIS. Señora!
- LEONOR. Es todo un gran tapicero.

- Y de esta ocasion me valgo.
- LUIS. (Oh! rabia!)
- LEONOR. Y me alegro al ver  
que útil le puedo á usted ser.
- LUIS. (Aquí va á suceder algo!)
- LEONOR. (Con tono de proteccion.)  
Al público distinguido  
su tienda le he de hacer ver.  
De ellos soy.
- LUIS. (Tú qué has de ser!)
- LEONOR. Nací...
- LUIS. (Qué has de haber nacido!)
- LEONOR. (Bajo.) Ay! Pilar, quién lo creyera!  
¡Es el hijo de un tendero,  
el nieto de un especiero,  
el biznieto de un hortera!
- PILAR. (Á Leonor.) ¡Qué hacemos ya? Qué esperamos?  
¡No vamos hoy á salir?
- LEONOR. (Qué ocasion para lucir  
mi reloj.) Ah! sí, veamos...  
(Saca el reló para ver la hora, y le tiene momentó  
en la mano para que reparen en él.)  
Las cuatro. Luégo hará frio.  
Vamos?
- PILAR. Dispuesta estoy yo.
- MANUEL. (Reparando en el reló.) (Ay! mi reló, mi reló! (Á  
San Martin.)
- MARTIN. Calla! (Bajo.)
- MANUEL. Mi reló, Dios mio!  
¿No le ves?
- MARTIN. Quieres callar?
- MANUEL. Mi reló! (Con amargura.)
- MARTIN. Vete al infierno!
- MANUEL. En qué manos, Dios eterno!  
fué el infeliz á parar.)
- LEONOR. (Les deslumbro con mi brillo.)  
Adios San Martin... Manuel...  
(Extiende las manos con afectacion al despedirse  
para que se vean las sortijas.)
- MANUEL. (Fijándose en la mano que le tiende Leonor.)  
(Tu anillo! tu anillo! Es él! (Á San Martin.)
- MARTIN. Calla! (Bajo.)

- MANUEL. En su dedo tu anillo!  
LUIS. (Joyas y dijes sin tasa.  
Es un mostrador dorado.)  
MANUEL. (Esta señora ha cargado  
con cuanto había en mi casa.  
(Leonor se dirige á Pilar, extendiendo las manos  
con amaneramiento.)  
LEONOR. Pilar, vámonos por Dios!  
(Pilar ve la sortija y retrocede.)  
PILAR. (Que veo! La forma... el brillo!  
De San Martin el anillo!)  
LEONOR. Vamos.  
PILAR. (Mirando á San Martin y á Leonor.)  
(Me engañan los dos!)  
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

LUIS.

Es verdad! No lo he soñado!  
¿Quién lo había de decir?  
¡Un pleito, ya tengo un pleito!  
Me voy á estrenar por fin.  
Tengo un pleito, ¿y contra quién  
entablo la accion civil?  
Contra la cima y la cúspide  
de la nobleza de aquí,  
contra la novena esencia  
de la elegancia y del chic,  
contra Leonor de Guzman  
de Carvajal y San Luis.  
¡Aun no ha pagado los muebles!  
Ah! ya me extrañaba á mí  
que dama tan principal,  
segun ella da en decir,  
con puntualidad pagase  
cual pobre chisgaravís!  
Oh! señora del segundo,  
mi venganza va á venir

y por tramposa en la trampa  
de la ley has dado al fin.  
Con dos rasgos de mi pluma  
voy á mandarte á vivir  
del hermoso Saladero  
en suntuoso camarín  
entre príncipes del Rastro  
y reyes de Chamberí.  
Por estafa en Filipinas  
vas á pagar tu deslíz  
y juntas se van á ver  
para asombro de Madrid  
á las Leonores de acá  
con las Marianas de allí.  
Y si el petróleo en Europa  
enciende nuevo jollín,  
me voy á hacer comunista  
y te corto la cerviz  
para ver si dentro tienes  
solo aire ó sustancia gris.  
Aquí me humillaste tú,  
pues yo he de humillarte aquí,  
y armado con las Partidas  
juro que te he de partir!

## ESCENA II.

LUIS, D. ANTONIO, por la derecha.

ANT.

(Lleno de entusiasmo.)

¡Los míos! Suben los míos!

Lo he leído! No es un sueño!

El turno al fin nos llegó.

He tumbado al ministerio

con mi artículo del mártes.

¡Si era un escrito soberbio!

Le veo á usted...

LUIS.

ANT.

Contentísimo!

¿Y usted, Luis?

LUIS.

ANT.

También contento.

Perdóneme usted, Luisito,  
más detenerme no puedo.



Voy á recorrer las calles,  
los cafés, los ministerios;  
voy á ver á mis colegas,  
á hablar con mis compañeros,  
á asombrar con mi palabra,  
á ilustrar con mis consejos.  
El que en tal día se esconde  
perdido está sin remedio  
y siempre el osado alcanza  
lo que merece el modesto.

LUIS.

Es verdad.

ANT.

Usted disponga  
de mí como en otro tiempo.  
El mismo soy, aunque cambio  
de posicion.

LUIS.

Por supuesto.

ANT.

Mã gracias.

Y si es que usted

necesita algun empleo...

LUIS.

Oh! no. Trabajo bastante.

Tengo mi bufete abierto.

ANT.

Bien, en fin, piénselo usted.

(Es ya tarde, voy á verlos.

Son capaces de olvidarme;

pero no, ¿qué fuera de ellos

sin mí, sin mi ilustracion,

sin mi voz, sin mi talento!)

(Sale por el fondo.)

### ESCENA III.

LUIS, RAFAELA, por la izquierda.

LUIS.

(Qué sería está. Pobrecilla!

Tiene razon. Desde aquel

lance ya no nos hablamos.

(Rafaela al verle retrocede.)

¿Me dejas!

RAF.

Tengo que hacer.

LUIS.

Rafaela... (Suplicante.)

RAF.

¿Qué quieres, Luis?

LUIS.

Rafaela, perdóname!

RAF. Perdonarte... (Friamente.)

LUIS. No merezco

que me perdones, lo sé.

El demonio del orgullo

mi alma consiguió perder.

Al mostrador de mi casa

mostré cara de desden;

la vara de la justicia

fué mi ambicion y dejé

la de medir; de tí lejos

el mismísimo Luzbel

en mí encendió la soberbia

y como globo me hinché;

quise subir y subir

y dominar y crecer,

y un dia me descubrieron

y de repente bajé,

y mustio y hecho girones

hoy por el suelo me ves!

RAF. Cruelmente me has ofendido.

LUIS. No te ablandas: haces bien.

Ah! ¿por qué dejé de verte?

¡Me encanta tu sencillez!

Al ver que tu amigo fuí

y que aún quizás lo seré,

aunque peque una vez más,

me quiero enorgullecer.

Si eres plebeya, plebeyo

como tú me llamaré;

si vulgar, bendita sea

tu vulgaridad, amen,

pues con tanta distincion

loco me van á volver;

de hoy más el percal prefiero

al terciopelo de Utrech,

y á una corona ducal

la que Dios te dió al nacer

en esas divinas trenzas,

que aunque de plata no es,

no hay oro en el mundo entero

con que pagar tal joyel!

RAF. Pilar vale mucho más.

- LUIS. No me hables de esa mujer.  
Tiene el alma más oscura  
que el antro de Lucifer,  
que en fuerza de tener humos  
negra cual hollín se ve.  
¿Pero te marchas, me dejas,  
no escuchas mi yo peque?
- (Rafaela coge un libro, que habrá sobre la mesa y se dirige al fondo.)
- RAF. Voy á llevarme este libro.  
Como le llegase á ver  
mi señorita... Qué horror!  
Sobre su mesa... ya ves...  
mi libro de misa!
- LUIS. ¿Tuyo?
- RAF. ¿No le conoces?
- LUIS. No á fe.
- RAF. ¿No le recuerdas?
- LUIS. (Cogiendo el libro.) Ah! sí.  
Te le he visto alguna vez.
- RAF. Me le regalaste tú.
- LUIS. Qué memoria más infiel!  
Es verdad... ¿Y aún le conservas?  
Si está nuevo... Á ver... á ver...  
(Hojea el libro.)  
¿Qué hay dentro? Versos... estampas...  
imágenes...
- RAF. Ya lo ves.
- LUIS. Oh! pobre libro de misa,  
que en tales manos se ve,  
qué bien simbolizas tú  
el alma de la mujer!  
Tan religiosa, tan mística,  
tan piadosa, y á la vez  
llena toda de caprichos,  
de manías, de no sé  
qué recuerdos, qué esperanzas,  
qué sueños!... ¿Qué es la mujer?  
Este libro y nada más.  
¡Amar, sentir y creer!  
(Encuentra un pensamiento entre las hojas.)  
Mas ¿qué es esto? Un pensamiento!

Una flor! Dime de quién?

RAF. Un pensamiento marchito!

LUIS. Algun recuerdo?

RAF. Tal vez.

LUIS. ¿Quieres hacerme su historia?

RAF. Su historia? Sí, escúchame.

(Rafaela habla conmovida.)

Una tarde de aquel tiempo,  
que ya no puede volver,  
en que contigo vivía,  
fuimos al campo á comer  
todos, porque era la fiesta  
de tu padre. Qué dia aquel!...

Sereno el cielo, brillando  
el sol con esplendidez,  
sin que una nube empañase  
el gigantesco dosel.

Un árbol nos daba sombra,  
cantos aves más de cien,  
la soledad su dulzura,  
el césped mesa y mantel.

Horas pasaron riendo:  
te levantaste á coger  
un pensamiento; ante tí  
mi frente alegre bajé  
y en mi cabello enredado  
conmigo á mi casa fué.

Se secó; mas vive aquí,  
aquí, donde dices bien  
que guarda dulces recuerdos  
el alma de la mujer!

¿Es un pensamiento, es dália,  
es camelia? No lo sé,  
no me importa. Yo veía  
tras esta flor sólo á él;  
yo la quiero, no por ella,  
por los suspiros que ayer  
en su cáliz me mandaban,  
que con mi labio robé!

Con mi llanto la he regado,  
y cuando en misa me hallé,  
viendo esta flor, si rezaba

- á Dios rezaba por él.  
Él juraba no olvidarme,  
yo sí que no le olvidé.  
Él á otra regala flores,  
y hoy yo lo mismo que ayer  
mi pensamiento confundo  
con el pensamiento de él! (Llorando.)
- LUIS. ¡Perdon, perdon, Rafaela!  
¿Lloras? Déjame beber  
de rodillas esas lágrimas  
que derramas en tropel  
por mí, pues con su amargura  
yo me purificaré.  
¿Me perdonas?
- RAF. Si he llorado  
por tí, ¿qué más puedo hacer?  
¡Tú la culpa y yo el castigo!
- LUIS. Si eres ángel del Eden.  
En prueba de mi perdon,  
como en otros tiempos... (Intenta abrazarla.)
- RAF. (Rechazándole.) Qué!
- LUIS. Ven.
- RAF. Tú la culpa y el premio.
- LUIS. Ven, Rafaela, como ayer,  
con la mayor inocencia.
- RAF. Si es sin malicia...
- LUIS. (Abrazándola.) Lo es.
- RAF. Como amigos, como hermanos.
- LUIS. Como marido y mujer.

#### ESCENA IV.

DICHOS, LEONOR, por el fondo.

- LEONOR. Qué estoy viendo!  
(Se separan Luis y Rafaela.)
- LUIS. (Si es mi sombra.)
- RAF. (Válgame Dios!)
- LEONOR. Otra vez!  
Qué instintos tan demagógicos.  
Usted es un Lucifér.  
La que se pone á su alcance...

:

¡Jesús, María y José!  
Como los tres no la asistan  
se ha divertido!

LUIS. Bien, bien.

LEONOR. Mal, mal.

LUIS. Soy un hombre honrado,  
la quiero, me casaré.

LEONOR. Bien hecho, será un enlace  
igual, muy igual, *mon Dieu!*  
Entre burgueses...

LUIS. (Exasperado.) Señora,  
pero ¿quién la mete á usted?  
Mas valiera...

LEONOR. ¡Basta, basta!

Rafaela, anúncieme.

(Salen por la derecha.)

## ESCENA V.

LUIS.

Ese ángel de bendicion  
de mi orgullo me ha curado,  
que cual todos le he llevado  
dentro de mi corazon.  
¡Vanidad! de Salomon  
gritó la sabiduría,  
más en vano clamó un día,  
pues firmes en nuestro empaque  
no hay conjuro que nos saque  
del cuerpo la tontería.  
Con halagos y con flores  
se conquistan las bellezas;  
del sabio las asperezas  
vencen los aduladores;  
á Dios le piden favores  
con incienso la piedad,  
y en esta vil sociedad,  
desde el chino al español,  
nada hay nuevo bajo el sol,  
porque todo es vanidad.  
Recibe mi maldicion

humana naturaleza.  
¿Con tanto humo en la cabeza  
sin fuego en el corazón!  
Ah! ¿por qué no soy Sanson  
y con golpes te magullo,  
mundo, que en loco barullo  
haces vacilar la esfera  
con tu inmunda borrachera  
de frío y añejo orgullo!  
Mujer, ¿de tí ya estoy harto!  
Hombre, ¿yo te quiero mal!  
Mujer, ¿no vales un real!  
Hombre, ¿no vales un cuarto!  
De tu belleza me aparto  
y tu talento me enfada,  
pues tanta soberbia hinchada  
y tan necias vanidades,  
son sólo en las sociedades  
humo y aire y sombra y nada.

## ESCENA VI.

DICHOS, SAN MARTIN, MANUEL.

Entran por el fondo muy pensativos.

MANUEL. (Aquí estamos. Siempre juntos.

Él el señor y yo el perro.

Como dos almas en pena  
escapadas del infierno.)

LUIS. (Ellos. Me marchó.) (Sale.)

MARTIN. (Con aspereza.) ¿Qué tienes,  
qué te sucede?

MANUEL. Qué tengo?

Casi nada, hastío, spleen,  
rabia, desfallecimiento,  
amargura, calor, frío,  
hambre, sed, furor, despecho,  
ira, desesperación,  
odio, angustia, desconsuelo,  
terror, ganas de morirme...

MARTIN. Calla!

MANUEL. ¿Callarme? No quiero.

MARTIN. Cómo!

MANUEL. Desde hoy vida nueva.

Se me acabó el sufrimiento.  
Á tu suerte te abandono,  
me despido, me sublevo,  
y te niego la obediencia  
y campo por mis respetos.  
Ah! te callas! Ya vacilas,  
ya dudas, ya tienes miedo.  
¿Qué vas á hacer?

MARTIN. No lo sé.

MANUEL. ¡Insensato, loco, ciego!  
No puedo más. He apurado  
la copa del sufrimiento.  
Qué vida! Qué cuatro meses!  
He vendido cuanto tengo  
ménos el frac. Él ha sido  
mi amigo, mi compañero,  
mi salvador. Pobre frac!  
Ayer te perdió tu dueño.  
Recorrí en tu compañía  
bodas, comidas y almuerzos;  
del ambigú, del buffet  
tú las puertas me has abierto,  
y gracias á tí he podido  
sostener por algun tiempo  
el orgullo de mi alma  
y el empaque de mi cuerpo.  
Mas contigo me dejaron  
bailes, bodas y conciertos.  
En el último sarao  
sólo sorbetes me dieron  
y aunque tomé dos docenas,  
hoy sostenerme no puedo,  
que harto puedes comprender,  
pues eres de carne y hueso,  
que con quesitos helados  
no se vive mucho tiempo.  
Yo renuncio á estas grandezas  
y al nombre de mis abuelos,  
que gran hambre y gran orgullo



son cargas con que no puedo.  
¿Callas? Apruebas mi plan?  
¿Que 'elocuente es tu silencio!  
Si al menos tú te casases...  
La niña tiene dinero...

MARTIN. Casarme con Pilar? Nunca!

MANUEL. Hombre... ¿me dejas suspenso!

MARTIN. Me gustó mucho... la hablé...  
mas no sé lo que me he hecho.  
¿Casarme con ella... hoy...  
hoy, que casi nada tengo?

MANUEL. Suprime el casi.

MARTIN. (Con violencia.) Jamás!  
Oh! para darla derecho  
á decir que me ha salvado  
de la miseria!

MANUEL. Pues creo  
que diría la verdad.

MARTIN. No es posible.

MANUEL. Bravo!

MARTIN. Vengo  
decidido á que rompamos.

MANUEL. Qué dice? Adios mis proyectos!  
Pero hombre, esas reflexiones,  
muy oportunas por cierto,  
bien pudiste hacerlas ántes.  
Hoy rompes con ella, ¿y luégo?

MARTIN. Despues...

MANUEL. ¿Qué vamos á hacer?  
Pedir limosna, ¿no es esto?  
¿Qué haremos?

MARTIN. (Con agitacion.) Lo que Dios quiera!  
Mas lejos de aquí, muy lejos,  
donde nadie nos conozca,  
con otro nombre diverso,  
muy lejos!

MANUEL. Bien; cálmate.  
ten valor.

MARTIN. Habremos muerto.  
para el mundo.

MANUEL. Bien pensado.  
Morir es lo que yo temo

para mí, que al cabo el mundo  
cosa es que me importa un bledo.

MARTIN. Anunciaremos un viaje  
para Lóndres, y saldremos  
con dignidad.

MANUEL. (Con orgullo.) Como sale  
un San Martín! ¡Lo primero  
la dignidad!

MARTIN. Sin que sepa  
ninguno nuestro secreto.  
Ah, qué vergüenza!

(Oculta el rostro entre las manos.)

MANUEL. Qué dices?

Vergüenza! Pero estás lelo?  
Si sólo tiene vergüenza  
quien tiene mucho dinero,  
culpemos á Dios tan solo,  
qué hizo en su saber inmenso  
con vergüenza á medio mundo  
y sin ella á mundo y medio.

## ESCENA VII.

DICHOS, D. ANTONIO, por el fondo.

ANT. (Ya hemos hecho propaganda.  
Ahora á mi casa me vuelvo.  
No es digno exhibirse tanto.  
Ahora aquí tranquilo espero.  
Algun amigo se encarga  
de formar el ministerio,  
me llama, me envía un coche,  
me hago esperar, conferencio,  
pongo obstáculos, insiste  
y per patriotismo acepto.)

MARTIN. Don Antonio...

ANT. ¿Qué tal va?  
¡No ve usted como yó acierto?  
¡Los míos! Hemos subido  
y de esta vez no caemos.

MARTIN. Le felicito...

ANT. Yo soy

siempre el mismo.

- MANUEL. Por supuesto.  
ANT. Y si ustedes necesitan  
para un amigo un empleo...  
MANUEL. ¡Para un amigo! (Entusiasmado.)  
MARTIN. (Bajo.) (Manuel!)  
MANUEL. Don Antonio, por supuesto.  
MARTIN. (Calla. (Bajo.)  
MANUEL. No callo. ¿Estás loco?  
Si he dicho que me sublevo.)  
MARTIN. No le importunes ahora.  
Espera que pase tiempo.  
ANT. No importa. ¿Es jóven?  
MANUEL. Muy jóven  
y muy infeliz.  
ANT. Pues hecho.  
MARTIN. No hay prisa.  
MANUEL. Sí. (Fratricida!  
¡Por hambre me sitia el pérfido!)  
MARTIN. Pero hombre...  
ANT. Vengan ustedes  
y en mi despacho hablaremos.  
¿Pero es mozo aprovechado?  
MANUEL. Hasta ahora de gran provecho  
no ha sido, pero no es tonto.  
MARTIN. Yo me retiro.  
ANT. Hasta luégo.  
MARTIN. (Manuel... (Bajo.)  
MANUEL. Yo no te conozco.  
MARTIN. Oye! (Bajo.)  
MANUEL. Que no te obedezco.  
Adios, diviértete.) ¿Vamos?  
(Será posible! Un empleo!)  
(Salen por la derecha.)

## ESCENA VIII.

SAN MARTIN, PILAR.

- MARTIN. (Ella. Valor, corazon.  
Rompamos el compromiso.)  
PILAR. (Es él. Me alegre. Es preciso

- que me dé una explicacion.)
- MARTIN. (Yo su título quisiera.)
- PILAR. (Su nombre me convenía.)
- MARTIN. (Yo á mi modo la quería.)
- PILAR. (Yo le quiero á mi manera.)
- MARTIN. (La siento hácia mi venir.  
Tengo del espanto el frio.)
- PILAR. Diga usted, amigo mio,  
¿no tiene más que decir?
- MARTIN. Como te ví tan callada,  
por no parecer molesto  
te quise imitar.
- PILAR. ¿Qué es esto?  
¿No merezco una mirada?  
Otra quizás...
- MARTIN. Pilar, no.
- PILAR. No niegues; otra hermosura...
- MARTIN. ¿Quién ha dicho?
- PILAR. (Con despecho.) ¿Por ventura  
ella vale más que yo!  
Alabarme no querría.  
Yo no he de negar que es bella.  
Cierto que la cara de ella...  
mas tú has dicho que la mia...  
Yo nunca negar podré  
de su cuerpo la apostura,  
más segun tú mi cintura  
es de lo que no se vé.  
Con su edad mi edad compara,  
con el suyo mi semblante...  
Sí, será más elegante,  
pero es más vulgar su cara.  
Mas elegante, eso sí,  
pero ¿no es exagerado  
casi siempre su tocado?  
¿no va recargada, dí?  
De gusto á gusto hay distancia.  
Tú lo has dicho veces ciento.  
Vamos, tendrá más talento,  
pero no más elegancia.  
Mas talento á no dudar.  
Más siempre ¿qué pretenciosa,

qué hinchada, qué artificiosa  
en su manera de hablar!  
¡Diciendo á cada momento  
mil y mil vulgaridades!  
Sí, tendrá otras cualidades,  
mas no me excede en talento.  
¡Por qué, pues, de esa hermosura  
prefieres la gentileza,  
si en mi superior belleza  
proclamas, mejor figura,  
y otras y otras condiciones,  
que decir encuentran mal  
mi modestia natural  
y mis pocas pretensiones?

MARTIN. Que á otra prefiero!

PILAR. Qué oprobio!

Por una viuda dejarme!  
(Infame mujer! Quitarme  
desde el vestido hasta el novio.)

MARTIN. Pero, en fin, dime quién es.

PILAR. ¡Yo regalarte el oído  
diciendo un nombre querido!  
Celosa estoy! Ya lo ves.  
Te quiero y me aflige el llanto.  
Si mi rival otra fuera,  
aunque mucho lo sintiera  
no lo sentiría tanto.

Pero ella! Sus gustos son  
vencerme, tenerme á raya.

¡Ganar ella esta batalla  
suprema del corazón!

¡Cómo consentirlo, di!  
Jamás lo toleraré.

Se subleva no se qué  
que siento dentro de mí.

¡Vencida por esa dama!

Oh! vergüenza! Oh! deshonor!

¡Lo ves? Si esto no es amor  
yo no sé como se llama!

MARTIN. Que me acrimines así  
no he merecido, Pilar.  
Quieres sin duda acabar

- y echarme la culpa á mí.  
Yo siempre galante soy.  
Maltratado sin razon,  
acepto la indicacion  
y me despido y me voy.  
Aunque me duela y me asombre  
me resignaré á partir.
- PILAR. (Dice que quiero concluir.  
¡Qué mal me conoce este hombre!)  
Si no eres, cual otros son  
criminales contumaces,  
aún podemos firmar paces.  
Exijo una explicacion  
clara, fácil, natural.  
¿Una explicacion?
- MARTIN. De tí.
- PILAR. Habla.
- MARTIN. ¿Dónde tienes, dí,  
tu anillo?
- MARTIN. (Turbado.) Mi anillo? Cuál?
- PILAR. Tu anillo. Ya estás turbado.  
¿Por qué me hablas aturdido?
- MARTIN. (Dominándose.)  
Ah! ya caigo. Le he perdido.
- PILAR. Alguna se lo ha encontrado.  
¿No das más explicaciones?
- MARTIN. (Sabrá tal vez la verdad!)
- PILAR. ¡Qué engaño, qué falsedad!  
Ya descubrí tus traiciones.  
Hay quien le lleva en la mano.
- MARTIN. Cómo! (Sorprendido.)
- PILAR. Cual prenda de amor.  
Pronto aquí vendrá Leonor.  
Ella explicará el arcano.

## ESCENA IX.

DICHOS, MANUEL, por la derecha.

- MANUEL. (Qué fortuna! Me empleó!  
Ya soy todo un funcionario.)

Si es ministro, el secretario particular seré yo.)

MARTIN. (Aquí ya ¿qué me detiene?)

MANUEL. ¡La suerte al fin me acaricia!  
¡Dicen que es una delicia  
firmar la nómina!

PILAR. Ahí viene.

## ESCENA X.

DICHOS, LEONOR, por la derecha.

LEONOR. Pilar...

PILAR. (Preferir á ella!)

LEONOR. Con tu papá discurría.  
Estás pálida, hija mia,  
pero estás así más bella.  
Dan un aire singular  
esos tonos delicados.  
Colores arrebatados  
son de ninfas de lugar.  
¿Y usted, San Martín? Le veo  
lleno de melancolía.

MARTIN. Pues yo...

LEONOR. Una cara sombría  
atrae mucho: ya lo creo.  
Los rostros alegres son  
propios de ignorante gente.  
Cierta ceño indiferente  
significa distincion.

(Mirando á Manuel.)

(Qué diferentes hermanos!

Este Manuel siempre aquí  
como un poste. Ay! éste sí  
que tiene colores sanos.)

MANUEL. (Qué insoportable señora!)

(Pilar se acerca á Leonor.)

PILAR. Ay! qué reló tan precioso. (Examinándole)

LEONOR. No tal: algo caprichoso.

¿No me le has visto hasta ahora?

PILAR. Por primera vez le veo.

MARTIN. (Ya va tendiendo las redes!)

- LEONOR. (Ofreciendo el reloj.)  
No vale nada: es de ustedes.
- MANUEL. (Lo que es mio, ya lo creo.)
- LEONOR. Algun tiempo tiene ya;  
mas siempre le llevaré,  
que este reló lo heredé  
de papá.
- MANUEL. (Imitándola.) (De su papá!)
- LEONOR. Bien su antigüedad revela,  
aunque se halla en buen estado.  
Papá lo había heredado  
de mi abuela.
- MANUEL. (Imitándola.) (De su abuela!)
- Pues ya tendrá más de cien  
años, si bien cuento yo.
- LEONOR. Sí, mi abuela lo adquirió...
- MANUEL. (¿De quién, Dios mio, de quién?)
- LEONOR. Por donacion...
- PILAR. ¿De quién, dí?
- LEONOR. Al volver de aquella tierra...  
De la reina de Inglaterra.
- MANUEL. (Llevándose las manos á la cabeza.)  
(¡María santísima! Sí,  
y la reina lo adquirió  
del Sultan, que era su tío,  
el cual fundó un Monte Pío  
donde lo he empeñado yo.)
- PILAR. ¿Y ese anillo? (Examinándole.)
- LEONOR. ¿Le miraste  
despacio? Acércate, ven.
- MANUEL. (Con sorna.) ¿Ese es herencia tambien?
- LEONOR. Es compra.
- PILAR. (Incrédula.) ¿Tú le compraste?
- MARTIN. (Va la verdad descubriendo  
poco á poco. Estoy temblando!)
- LEONOR. Paso la vida comprando.
- MANUEL. (Otros la pasan vendiendo!)
- LEONOR. Comprando vivo, y así  
acabar mi vida espero.  
Yo voy tirando dinero.
- MANUEL. (¡Quién fuera detrás de tí!)
- PILAR. ¿Afirmas que le has comprado?



- LEONOR. ¿Qué te sorprende, mujer?  
Vaya, en casa de Samper.  
Buen dinero me ha costado.  
Pero le dí sin apuros.  
Justos seis mil reales dí.
- MANUEL. (Con naturalidad y muy alto.)  
Ay! qué ladrones, y á mi  
me dan por él veinte duros!
- LEONOR. Cómo! (Sorprendida.)
- MANUEL. (Ya se me escapó.)
- MARTIN. (Manuel!) (Bajo.)
- MANUEL. Sí, ¿por qué negar?
- PILAR. Pero usted...
- MANUEL. Claro, Pilar.  
Si es que le he empeñado yo.
- LEONOR. ¿Usted, Manuel? (Estupefacta.)
- PILAR. ¿Usted? Pero  
es posible?
- MANUEL. Ya lo ve.
- LEONOR. Lo ha empeñado usted, ¿por qué?
- MANUEL. Porque no tengo dinero,  
porque estamos arruinados.  
¿Hay en esto algun borron?
- MARTIN. (Basta!) (Bajo.)
- MANUEL. En tal momento son  
fingimientos excusados.  
Porque me acosa un enjambre  
de acreedores imprudente...
- MARTIN. (Bajo.) (Dilo, hombre, más suavemente.)
- MANUEL. (Con mucha finura.)  
¡Y porque tenemos hambre!
- LEONOR. Hambre! Qué frase, qué nombre  
tan plebeyo y tan vulgar!
- PILAR. (¡Cómo me pude engañar!  
¡Y yo hice caso á este hombre!)
- LEONOR. (Ah! señor, con qué impudeza  
asalta esta turba oscura  
á casas de cierta altura  
y á gentes de cierta alteza!)
- MANUEL. Vamos, ya hemos acabado.  
Ya del lío hemos salido.
- MARTIN. (Bajo.) (Me has perdido, me has perdido!)

MANUEL. (Bajo.) (Justo; y tú nos has ganado.)

## ESCENA XI.

DICHOS, D. ANTONIO, despues RAFAELA.

- (Entra por el fondo y se pasea inquieto.)
- ANT. Estoy nervioso, impaciente.  
Nadie viene por aquí.  
¡Si prescindirá de mí  
esa desdichada gente!
- LEONOR. Qué preocupado, que sério  
el que siempre alegre ha sido!
- (Entra Rafaela por el fondo con un pliego.)
- RAF. Señor: esto le han traído  
de no sé que Ministerio.
- ANT. (Cogiendo el pliego con ansiedad.)  
Dame! (Por fin! Oh! placer!)
- RAF. Esperan contestacion.
- ANT. Me palpita el corazon.  
y no me atrevo á leer.
- LEONOR. Abra usted.
- ANT. (Agitado.) No puedo abrir.
- LEONOR. Mayor timidez no cabe!  
Ya! Será lo que usted sabe.
- PILAR. Eso que debe venir.  
Tu probidad, tu programa  
liberal, tu consecuencia...
- LEONOR. Y á más su gran elocuencia,  
y su saber y su fama.
- ANT. Lo que espero debe ser.
- PILAR. Abre ya y acabe el susto.  
(Qué felicidad, qué gusto!  
Voy á subir al poder!)
- LEONOR. En mí no hay duda.
- PILAR. Ni en mí.
- LEONOR. Su elocuencia poderosa...
- MANUEL. (Con acento solemne.)  
Y su obra maravillosa  
sobre el tabaco.
- ANT. Sí, sí.
- LEONOR. Vamos, ¿en qué está pensando?

- Lea usted ya.
- ANT. Con permiso  
de ustedes. (Abre el pliego.)
- PILAR. ¿Es el aviso?
- LEONOR. Vamos, ¡le están esperando!  
(D. Antonio lee para sí.)
- PILAR. (Qué suerte tan estupenda!  
¡Á cuantos voy á emplear!)  
¡Papá, dí, la de Ultramar?
- LEONOR. Don Antonio, ¿la de Hacienda?
- ANT. Gran Dios!
- LEONOR. (Se ha quedado blanco  
cual el papel.)
- MANUEL. (Ya me veo  
cobrando!)
- ANT. Qué es lo que leo!
- PILAR. ¿Qué te ofrecen?
- ANT. (Fuera de sí.) ¡Un estanco!
- PILAR. ¡Qué infamia, qué villanía!
- LEONOR. Alguna broma pesada  
de un amigo.
- MANUEL. (Qué tostada!  
Adios mi secretaria!  
Le han pegado á la pared.)
- PILAR. ¡Qué envidiosa patulea!
- MANUEL. (Dándose un golpe en la frente.)  
Un estanco! Oh! Dios, qué idea!  
Hombre, cédamele usted. (Á D. Antonio.)
- ANT. (Muy abatido.) Jamás hubiera pensado...  
Tenía tanta confianza...  
Perdí mi última esperanza...  
Hoy que me encuentre arruinado.
- LEONOR. Qué dice usted?
- MANUEL. (Agua va!)
- ANT. Yo no sé lo que me pasa.  
Hay que dejar esta casa,  
el coche...
- PILAR. Calla, papá.
- ANT. Callar cuando estoy perdido.
- PILAR. Tú te alarmas fácilmente.
- LEONOR. Ay! Dios mio! Entre qué gente  
tan mísera me he metido!

- ANT. Esto no dura sin mí.  
LEONOR. (No pasan de mayordomos.)  
MANUEL. (Por lo visto todos somos  
capitalistas aquí.  
PILAR. (Adios coche de mi vida  
y posicion envidiada.)  
ANT. (Adios cartera anhelada.)  
MANUEL. (Adios nómina querida.)  
LEONOR. (Yo me voy. Rebeldes son  
mis nervios. Ya no estoy bien.  
Se alborotan cuando ven  
cuadros de desolacion.  
(Á Pilar con tono de proteccion.)  
Tú no me harás el ultraje,  
Pilar, de creer que te olvido,  
y pues está decidido  
el suprimir tu carruaje,  
el mio te ofrezco yo,  
desde ahora tuyo tambien,  
á la Dumont rico tren  
con cuatro caballos.  
PILAR. (Oh!)  
LEONOR. Un carruaje bien sencillo:  
blanca la caja, pintadas  
ambas ruedas azuladas  
y el interior amarillo.  
Llevando de verde al groom,  
y yo toda de encarnado,  
cuando pase por el Prado  
he de llamar la atencion.  
Manuel, San Martin, cual plomos  
no estén ahí. Recobren bríos.  
Ustedes son de los míos  
y los tres somos quien somos.  
No por gracias, ni mercedes,  
de los míos con derecho,  
por más que la suerte ha hecho  
de las suyas con ustedes.  
Don Antonio, esta tronada  
deseo que pase luégo:  
vida es polvo, ambicion fuego,  
gloria es humo y humo es nada.

Lo pasado olvide ya,  
corra usted al otro bando,  
siga escribiendo y hablando,  
y usted será, usted será...  
Adios todos. (Conducirme  
no pude mejor á fé.)  
Voy de viaje: no podré  
bajar luégo á despedirme.  
(Ni un adios. Qué sociedad  
es esta tan baladí!  
Vamos pronto, porque aquí  
peligra mi dignidad!)

## ESCENA XII.

DICROS, LUIS.

Al llegar Leonor á la puerta del fondo entra Luis y la  
detiene.

- LUIS.** Señora mía, perdon.  
Á detenerla me atrevo.  
Ante todos hacer debo  
pública retractacion.
- LEONOR.** Hable usted con claridad.
- LUIS.** Yo he proclamado, señora,  
que usted era mi deudora,  
y he dicho una falsedad.  
Hoy mismo á verme ha venido  
su administrador...
- LEONOR.** (Interrumpiéndole.) Bah, bah!  
No hablemos: pagado está  
y este negocio concluido.  
Luis, qué le vamos á hacer.  
Siento el rato que le he dado.  
Ese pico se ha extraviado  
entre el Debe y el Haber.  
Reclamando mis instantes  
las clases menesterosas,  
no puedo fijarme en cosas  
que son insignificantes.  
;Yo ocuparme del dinero

cuando tengo contador,  
secretario, interventor,  
depositario, cajero,  
y dos ó tres abogados;  
y cuatro procuradores;  
y cinco administradores;  
y en fin, quince apoderados!  
Sumas de más entidad  
me son á mí indiferentes,  
y nunca apremio á las gentes,  
que es falta de caridad.  
En fin, ya cobró esos reales,  
si más quiere, *sans façons*,  
pongo á su disposicion  
mi caja y las sucursales.

MANUEL. (Esta dama es una alhaja.)

LUIS. Usted me confunde ahora,  
mas Dios me libre, señora,  
de pedir nada á su caja.  
Sé que tesoros encierra,  
pues según cierto rumor  
ni usted es Guzman, ni Leonor,  
sino Nicolasa Sierra,  
y es rica y tiene oficina,  
porque doña Nicolasa  
es la dueña de la casa  
de préstamos de la esquina.

PILAR. Tú, Leonor! (Con tono burlon.)

LEONOR. (Turbada.) ¿Yo? Vaya un modo  
de mentir!

LUIS. Seguí la pista  
y supe...

MANUEL. (La prestamista!  
Ahora lo comprendo todo!)

PILAR. Pero es cierto?

LUIS. Claro está.

ANT. Usted, señora? Qué lío!

MANUEL. (La prestamista, Dios mio!  
Estoy por pedirla el frac.)

LEONOR. No es cierto. Calumniadores!  
Alguna equivocacion...  
Vaya, conocidos son

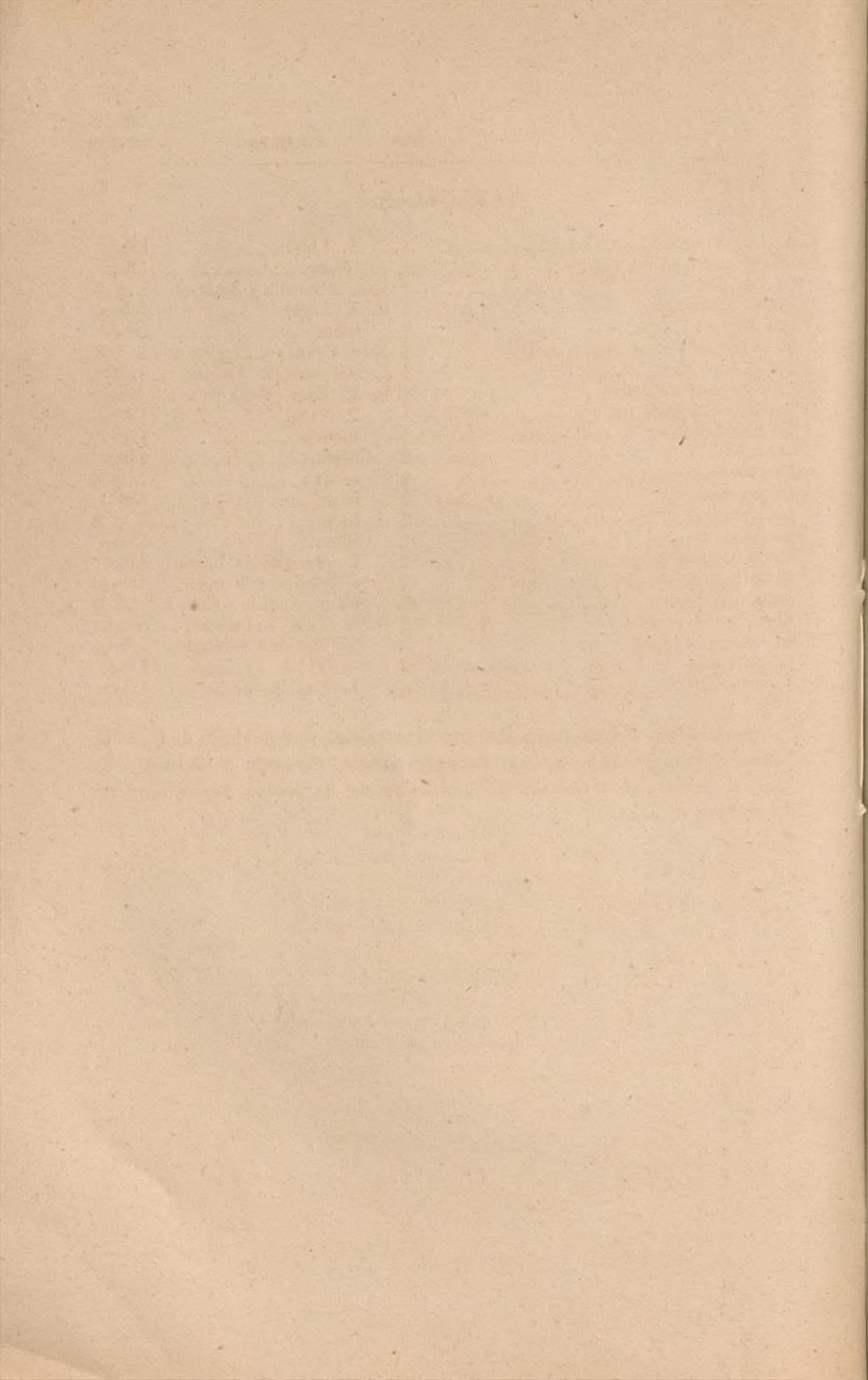
- todos mis antecesores.<sup>3</sup>  
Los Pimentel, los Sarmiento,  
los Guzmanes y Bazanes.
- LUIS. Cielo santo! Los Guzmanes  
prestando á ciento por ciento!
- LEONOR. Me cree usted, Manuel?
- MANUEL. Yo no.
- LEONOR. No me cree?
- MANUEL. No en mis dias.
- LEONOR. Cómo!
- MANUEL. (Arrogante.) Usted no es de las mias!  
Devuélvame usted el reló.
- LEONOR. ¿Usted, San Martin, cree lógico?
- MARTIN. (Asperamente.)  
No me importa que lo sea.
- LEONOR. Qué calumnia! Que se vea  
mi árbol genealógico.  
Árbol bien poco modesto,  
que es de lo que no se ve!
- LUIS. (Irritado)  
Señora, el árbol de usted  
no llega siquiera á tiesto!
- LEONOR. (Mañana de Madrid salgo.)  
¿Que esto de mí se asegure!
- ANT. Cállese usted, no se apure,  
que no la vaya á dar algo.  
(Leonor se sienta muy sofocada.)
- PILAR. Luis... (Adelantándose y con timidez.)
- LUIS. ¿Qué quieres, serafín?  
Habla, sigue, no te azores.  
(Sonriendo.)
- PILAR. Tú ya no me mandas flores.  
(Llevándose la mano al pecho.)
- LUIS. Ay! se ha secado el jardín!  
Con otro serás dichosa.  
Me engañaste y no me vengo.  
Mas hoy sólo flores tengo  
para mi futura esposa.  
(Presenta á Rafaela.)
- PILAR. Ah! Con ella? Tan vulgar!  
¿Los dos me dan compasion!
- LEONOR. ¿No sé los que pobres son

- por qué se quieren casar!
- PILAR. (Qué importa.)  
ANT. (No desespero.)
- MARTIN. (Quién se espanta...)  
LEONOR. (Quién se apura.)
- ANT. Mi talento! (Con petulancia.)  
PILAR. (Mirándose.) Mi hermosura!  
MARTIN. Mi nobleza! (Irguiéndose.)  
LEONOR. (Mirando á todos con desden.)  
Mi dinero!
- Me envidiarán más de veinte,  
ese mismo descortés.  
Ah! *mon Dieu!*
- LUIS. (Á Rafaela.) ¿Pero no ves  
qué orgullo tiene esta gente?
- RAF. Déjalos: enfermedad  
sin cura llevan consigo.  
Tienen su justo castigo  
en su propia vanidad.  
Tú tambien...
- LUIS. Estuve loco;  
mas curé de la dolencia.  
En el mar de la existencia  
¿quién no se marea un poco?  
Curarme ha sido tu intento  
y desde hoy para tí son  
la flor de mi corazón,  
la flor de mi pensamiento.  
Mi dulce esposa serás,  
y al contemplarme tu esposo  
iré á tu lado orgulloso!
- RAF. Orgulloso? Otra vez más!
- LUIS. (Sonriendo.)  
No tanto: permite al ménos  
á los míseros nacidos  
orgullo por ser queridos  
y vanidad por ser buenos.  
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.







## ZARZUELAS.

Asort y aventura.....	1	E. Vidal.....	Libro.
De Barcelona al Parnás.....	1	Idem.....	Libro.
La ciegucecita.....	1	Sres. Moratilla y Andrey.	L. y M.
Las campanetas.....	1	D. E. Vidal.....	Libro.
Dos Milions.....	1	Idem.....	Libro.
Ni se empieza ni se acaba.....	1	Sres. Granés y Cereceda.	L. y M.
Por la tremenda.....	1	Salvador M. Granés..	Libro.
Una jaula de locos.....	1	D. M. Fdez. Caballero..	Música
Pot mes qui piula.....	1	E. Vidal.....	Libro.
Un pobre diable.....	1	Idem.....	Libro.
La criada.....	2	Idem.....	Libro.
La gran sastresa.....	2	Idem.....	L. y M.
La manescala.....	2	Idem.....	Libro.
La masovera.....	2	Idem.....	L. y M.
Lo somni daurat.....	2	Idem.....	Libro.
Los pajes del Rey.....	2	L. Mariano de Larra.	Libro.
El convidado de piedra.....	3	Sres. Castillo y Manent..	L. y M.
Blancos á azules.....	3	Ciern, Nogués y Cab. L. y $\frac{1}{2}$ M.	
El siglo que viene.....	3	D. M. Fdez. Caballero..	Musica
El viaje á la luna.....	3	L. Mariano de Larra.	Libro.
La guardiola.....	3	E. Vidal.....	Libro.
Juan de Urbina.....	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: *El proscrito*, *La pena capital*, *Bernardo el Calesero*, *El sorteo*, *La verdadera Carmañola*, *Los amigos de los pobres*, *Los aventureros* y *Romper cadenas*.

## PUNTOS DE VENTA.

---

### MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

### PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.